



BOLSILIBROS

EASA

LOS DISCIPULOS DE SATAN

JOSEPH BERNA



TERROR &



© JOSEPH BERNA

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto

PINTO (Madrid)

Director responsable:

Gregorio Ovejero

Publicación semanal

Aparece los viernes

i. S. B. N. 84-06-01299-4

Depósito legal: M. 9.059 - 1978

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (MADRID)



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

**LOS DISCIPULOS
DE SATAN**

JOSEPH BERNA

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

L

A lluvia era torrencial.

Los faros del «Renault 5-GTL» intentaban traspasar aquella espesa cortina de agua que dificultaba enormemente la visión a Nicole Pisier, la joven que conducía el coche.

Porque además, la noche era oscura como boca de lobo.

De cuando en cuando, un relámpago iluminaba el cielo, dando un toque fantasmal a los árboles que se alzaban a un lado y a otro de la carretera.

Una carretera de nulo tráfico.

Quizá se debiera a lo infernal de la noche.

Nicole conducía despacio.

Estaba preocupada.

Más bien asustada.

No conocía aquella zona del sur de Francia, y no sabía si habría algún pueblo cerca, donde poder pasar la noche.

Sería providencial encontrarse pronto con uno.

A cada relámpago, se sucedía un poderoso trueno, y Nicole Pisier no podía evitar un estremecimiento.

¿Qué haría si de pronto se le paraba el motor del coche?

¿O si se le pinchaba una rueda?

Estos negros pensamientos ponían la piel de gallina a la joven.

Súbitamente, Nicole descubrió un anuncio en el lado derecho de la carretera.

Pudo leer lo que decía, pese a la cortina de agua: «Motel Vartan. 3 kilómetros».

Estuvo a punto de brincar de alegría en el asiento.

¡Un motel!

¡Y solo a tres kilómetros!

Nicole apretó el volante.

—Sigue, amiguito, que pronto dejaremos de sufrir los dos —le dijo al coche, sonriendo.

Le entraron ganas de acelerar la marcha, con el fin de recorrer más pronto aquellos tres kilómetros que la separaban del motel, pero fue sensata y no lo hizo.

Lo importante no era llegar antes, sino llegar.

El «Renault 5-GTL» siguió avanzando despacio, abriéndose paso por entre aquella especie de catarata que caía del cielo.

Unos minutos después, Nicole Pisier divisaba las luces del Motel Vartan.

La joven dio un suspiro de alivio.

—¡Lo conseguimos, amiguito! —le habló de nuevo a su coche—. ¡Ahí está el motel!

Segundos más tarde, detenía el automóvil junto a la oficina del motel.

Nicole salió del coche y se introdujo corriendo en la oficina, cuya puerta hizo sonar una campanilla al abrirse.

Aunque tardó solo unos pocos segundos en introducirse en la oficina, fueron suficientes para que la torrencial lluvia la calase hasta los huesos.

—Te empapaste, Nicole —se dijo a sí misma, mirándose la liviana blusa y la breve falda.

Con la mano se sacudió la rubia cabellera, mientras observaba la oficina, en la que no se veía a nadie.

Pero no tardó en aparecer un hombre de unos treinta años de edad, alto y fuerte, que la observó con curiosidad.

Nicole observó a su vez al tipo, que tenía las facciones duras, viriles, pero no desagradables.

—Buenas noches, señorita —dijo él, con voz perfectamente timbrada.

—Eso será un chiste, ¿no? —repuso ella.

El tipo sonrió, mostrando unos dientes blancos, correctamente alineados.

—Tiene usted razón, la nohecita se las trae.

—Es de película de terror. Oscuridad absoluta, lluvia en cantidades industriales, rayos, truenos, viento...

—Me llamo Robert Vartan, y soy el dueño del motel —se presentó el hombre, acercándose a la joven, a la cual tendió cordialmente la mano.

—Nicole Pisier —sonrió ella, estrechándosela—. ¡Oh, ya le he mojado la mano...!

—No se preocupe.

—Me he puesto como una sopa, en solo unos segundos —Nicole volvió a mirarse.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que la blusa, al mojarse, se había pegado a su pecho, señalando descaradamente la forma de sus senos juveniles, erguidos y provocadores, libres de toda sujeción.

Nicole se apresuró a cruzar los brazos sobre su busto, arreglando así el problema.

—¿Tiene equipaje, señorita Pisier? —preguntó Robert Vartan.

—Sí; está en el coche.

—Estupendo. Así podría cambiarse de ropa.

—Primero tomaré una ducha de agua caliente. Podrá ser, ¿verdad?

—Desde luego. Todos los cuartos de baño tienen calentador.

—Magnífico.

—Le daré el «bungalow» número cinco.

—El que quiera.

El dueño del motel cogió una de las llaves que pendían en un tablón.

—Espere que coja un paraguas y la acompañaré al «bungalow».

—¿No quiere que firme en el registro? —se extrañó Nicole.

—Oh, sí, se me olvidaba... Aquí está el registro —Vartan se lo ofreció.

Nicole formalizó su inscripción.

—¿Hay muchos «bungalows» ocupados, señor Vartan? —preguntó, observando disimuladamente el tablón de las llaves, donde solo parecía faltar una: la que acababa de coger el propietario del motel.

—No, todos están vacíos —respondió Vartan.

—¿Cómo es eso?

—Todavía estamos fuera de temporada, señorita. Hasta primeros de mes, no empezarán a llegar los turistas. Entonces, sí, se llenan todos. Y más que hubiese. Pero, durante el resto del año, los clientes son escasos —explicó Vartan.

—Yo soy una turista, señor Vartan —sonrió Nicole.

—¿Ah, sí?

—Hace una semana que inicié mis vacaciones.

—Caramba, qué bien.

—A mí me hubiera gustado disfrutarlas más adelante, pero llevo poco tiempo en la empresa donde trabajo y, de no cogerlas ahora, en mayo, tendría que haberlas tomado en octubre, pues en junio, julio, agosto y septiembre, no me las podían dar. En esos meses las toman los empleados que llevan más tiempo que yo en la empresa.

—Comprendo. Y mayo es mejor mes que octubre —opinó Vartan.

—Eso me dije yo, así que las tomé ahora.

—Bien hecho, señorita Pisier. Voy por el paraguas.

Robert Vartan, que estaba demostrando ser un tipo mucho más simpático de lo que en principio parecía, desapareció por una puerta, regresando poco después con un paraguas.

—Cuando quiera, señorita Pisier.

Salieron los dos de la oficina.

Del cielo continuaban cayendo verdaderas trombas de agua, y seguían los relámpagos, los truenos y el viento.

El dueño del motel abrió el paraguas y tomó familiarmente del brazo a Nicole.

La llevó al «bungalow» número cinco.

Vartan abrió la puerta y ambos pasaron al interior.

El propietario del motel encendió las luces del *living*, que era amplio y estaba dotado de modernos y cómodos muebles.

Tenía una magnífica chimenea.

Y hasta un aparato de televisión en color.

—Es magnífico... —dijo Nicole, observándolo todo.

—Me alegro de que le guste. El dormitorio está aquí.

Robert Vartan fue hacia la puerta del fondo y la abrió, encendiendo las luces de la habitación.

También el dormitorio era amplio.

Y el armario.

Y la cama...

En ella podrían dormir hasta tres personas perfectamente.

—Qué cama tan preciosa —dijo Nicole, maravillada—. Voy a perderme en ella.

—Si se pierde, pida socorro —sonrió Vartan.

Nicole lo miró.

—¿Eso es un chiste... o una insinuación?

—Un chiste, por supuesto —carraspeó el dueño del motel.

—Entonces, pase —sonrió también la joven.

—Esto es el cuarto de baño, señorita Pisier —Vartan abrió la puerta que se veía a su derecha y encendió la luz.

Nicole se acercó y dio una ojeada, siempre con los brazos cruzados sobre su busto.

—Perfecto —dijo.

—Enchufaré el calentador.

—Sí, por favor.

—En unos minutos alcanzará el agua la temperatura ideal.

—La quiero bien Calentita. Se me ha quedado el cuerpo frío, de la humedad.

—Claro. Voy por su equipaje, señorita Pisier.

—Gracias, señor Vartan.

El propietario del motel salió del dormitorio.

Nicole se quitó los zapatos, calados también, al igual que las finas medias de seda.

Mientras Robert Vartan regresaba con el equipaje, se acercó al armario y abrió las cuatro puertas.

Estaba vacío, claro.

Allí había espacio para guardar muchas cosas.

Curioseó también el tocador, de espejo oval.

En ello estaba, cuando oyó regresar al propietario del motel, el cual entró en el dormitorio, cargado con las dos maletas y el fin de semana.

—Déjelo todo sobre la cama, señor Vartan —indicó Nicole.

Robert Vartan obedeció, mientras informaba:

—He llevado su coche al garaje del motel, para resguardarlo de la lluvia.

—Se lo agradezco mucho, señor Vartan.

—¿Desea alguna cosa más, señorita Pisier?

—Nada, gracias —sonrió Nicole.

—Si necesita algo, descuelgue ese teléfono —Vartan señaló el aparato que descansaba sobre la mesilla de noche—. Comunica con la oficina del motel.

—¿Está usted solo en el motel, señor Vartan? —se le ocurrió preguntar a Nicole.

—No, también está Monique, la chica que atiende la cocina y se ocupa del aseo de los «bungalows» —informó Vartan—. Hasta que empiecen a llegar los turistas, me basta con ella. Entonces, empleó más gente, porque Monique y yo no podemos con todo el trabajo.

—Claro.

—Por cierto, y ya que hablamos de la cocina... ¿Ha cenado usted, señorita Pisier?

—Pues, no. Y la verdad es que ni siquiera me acordaba. Con la dichosa tormenta, me olvidé de todo.

—Le diré a Monique que le prepare algo de comer. ¿Qué tal unos huevos revueltos, con jamón? —sugirió Vartan.

—Me encantan los huevos revueltos con jamón —respondió Nicole, sonriendo.

Y lo hizo de un modo maravilloso.

Realmente cautivador.

Toda ella era cautivadora.

Desde el cabello, todavía mojado, hasta las puntas de los pies, graciosamente menudos.

—Dentro de un rato los tendrá aquí, señorita Pisier —prometió Robert Vartan, refiriéndose a los huevos revueltos con jamón.

—Gracias, señor Vartan. Es usted un hombre muy amable.

—¿Por qué no me llama Robert?

—Si lo prefiere...

—Desde luego.

—Entonces, le llamaré Robert. Y usted a mí Nicole, ¿eh?

—Trato hecho —rio Vartan, y salió nuevamente del dormitorio.

Nicole esperó a que saliera también del «bungalow» y entonces cerró la puerta del dormitorio.

Se desnudó completamente, dejando su mojada ropa en el suelo, y se metió en el cuarto de baño, cuya puerta cerró.

Abrió la llave de la ducha, la del agua caliente, y probó su temperatura con la mano.

Ya estaba casi a punto.

Nicole no quiso esperar ni un segundo más. Se introdujo en la bañera y se situó bajo la ducha.

El agua caliente, al resbalar sobre su cuerpo frío, le produjo una deliciosa sensación, que la obligó a estremecerse de placer.

Comenzó a friccionarse el cuerpo vigorosamente, para entrar rápidamente en calor.

Estaba de espaldas a la puerta.

Por eso no vio cómo esta se abría, lenta y silenciosamente.

Nicole tampoco oyó nada.

Sin embargo, de pronto, tuvo la extraña sensación de que estaba siendo observada por alguien.

Instintivamente, giró la cabeza.

Un grito de terror escapó de su garganta, al descubrir al hombre que tan sigilosamente se había colado en el cuarto de baño.

Era alto, fornido, y se cubría el cuerpo con una larga y ancha túnica amarilla, en cuyo pecho aparecía bordada, con hilo rojo y en forma de arco, la palabra SATAN.

Su cara estaba cubierta por una máscara de demonio.

Horrible.

Estremecedora.

El hombre, que iba descalzo, levantó la mano derecha, cuyos dedos oprimían el mango de un cuchillo de larga y ancha hoja, que despedía continuos destellos.

Nicole Pisier lanzó un segundo grito, mucho más largo y angustioso que el anterior.

CAPÍTULO 2

R

ENÉ Aumont, de veintiocho años de edad, elevada estatura, cuerpo macizo, pelo rubio, cara simpática, con algunas pecas, extrajo una llave del bolsillo de su chaqueta y la introdujo en la cerradura de la puerta del piso donde vivía Madeleine Hubert.

En la otra mano sostenía un bonito ramo de flores.

Y, bajo el brazo, aprisionaba una artística caja de bombones.

René intuía que ambas cosas, flores y bombones, iban a hacerle mucha falta para calmar la furia que sin duda tendría almacenada, dentro de sí, Madeleine.

Y con razón.

¿Cuántos días llevaba sin aparecer por su piso?

Ya había perdido la cuenta.

Claro, que...

René interrumpió sus pensamientos y frunció el ceño.

¿Qué diablos estaba ocurriendo?

La llave se negaba a girar...

René lo intentó un par de veces más, pero sin ningún resultado.

Soltó un gruñido y extrajo la llave de la cerradura.

La observó con atención.

Sí, era la llave del piso de Madeleine.

No cabía ninguna duda.

¿Por qué no podía abrir con ella, entonces?

Absolutamente desconcertado, se guardó la llave en el bolsillo y pulsó el timbre.

Casi al momento, la puerta se abrió.

Pero no más de diez centímetros.

La cadena de seguridad no permitía que la puerta se abriera un centímetro más.

Por el hueco asomó un rostro bonito.

Precioso de verdad.

Ojos verdes, muy grandes, ligeramente rasgados y protegidos por unas pestañas larguísimas, pómulos suavemente pronunciados, nariz pequeña, labios finos, perfectamente dibujados...

—¿Qué vende usted? —preguntó hoscamente la bella joven, que tenía

el cabello rojizo, graciosamente corto.

René Aumont pestañeó.

—Madeleine...

—¿Cómo sabe mi nombre?

—¿Qué?

—Lo leyó en mi buzón, seguro.

—¿Buzón?

—Lo siento, pero no me gustan los vendedores. Además, no necesito nada. Que usted lo pase bien.

Madeleine Hubert cerró la puerta.

René Aumont permaneció casi un minuto quieto, con la boca abierta, como un perfecto idiota.

Y es que no comprendía nada.

Maquinalmente, levantó la mano y apretó de nuevo el botón del timbre.

Esta vez, la puerta tardó algo más en abrirse.

Protegida por la cadena de seguridad, como antes.

—¿Otra vez usted? —gruñó Madeleine Hubert, ceñuda.

—Pero, Madeleine... —murmuró René.

—Ya le he dicho que no compro nada. ¿Es que no me oyó?

—¿A que estás jugando, Madeleine?

—¿Cómo?

—¿Por qué finges que no me conoces?

—No necesito fingirlo, porque es verdad que no le conozco.

La perplejidad de René Aumont era cada vez mayor.

—Soy René...

—Yo no conozco a ningún René.

—René Aumont...

—Tampoco conozco a ningún Aumont.

—Pero, si tú y yo somos...

—¿Qué somos usted y yo? —preguntó la joven, con ironía.

—Novios, Madeleine...

Madeleine Hubert se echó a reír.

—Eso ha tenido gracia, caballero.

—¿Gracia?

—¡Muchísima! Y ahora, si no le importa, váyase a contar chistes a otra parte.

—¡Pero qué chistes ni qué trasero de mono! —se exaltó por primera vez René.

—¡Oiga, el trasero de mono lo tendrá usted! —gritó también la joven, como si René la hubiese insultado a ella.

—¡Abre la puerta de una vez, maldita sea!

—¡Qué le voy a abrir! ¡Y haga el favor de no tutearme, que usted y yo no hemos comido sopa juntos, que yo sepa!

—¡Hemos comido sopa y muchas otras cosas!

—¡Eso quisiera usted!

—¡Abre o echo la puerta abajo! —amenazó René, preparándose para cargar con el hombro.

—¡Inténtelo y llamo a la policía!

—¡Yo soy la policía!

—¡Tú no eres más que un vulgar sargento!

—¡Ah...! —bramó René—. Por fin admites que me conoces, ¿eh?

—¡Naturalmente que te conozco! ¿Y sabes lo que te digo, René? ¡Qué ojalá no te hubiera conocido nunca! —rugió Madeleine Hubert, roja de ira.

—¿Por qué?

—¡Estoy harta de ti, René!

—¿Qué te he hecho yo, vamos a ver?

—¡Te olvidas de mí con demasiada frecuencia!

—¡Eso no es cierto!

—¿Cuánto tiempo hacía que no venías por aquí?

—¡Tres días!

—¡Más!

—¡Cuatro!

—¡Más!

—¡Bueno, tal vez seis!

—¡Siete! ¡Una semana justa!

—¡He tenido trabajo, Madeleine!

—¡Esa es tu excusa de siempre!

—¡No es una excusa, es la verdad!

—¡Pues yo no me lo creo! ¿Y sabes lo que pienso? ¡Que tienes por ahí alguna rubia, tan exuberante y tan ardiente, que cuando la dejas a ella no te sientes con fuerzas para quedar como un hombre conmigo!

—¡Madeleine...!

—¡Sí, señor, eso es lo que pienso! ¡Aunque tú lo negarás, claro!

—¡Naturalmente que lo niego!

—¡Ya lo suponía!

—¡No tengo líos con rubias, con morenas, ni con pelirrojas!

—¡Yo soy pelirroja!

—¡Pero lo nuestro no es un lío, Madeleine!

—¡Lo nuestro es peor que un lío!

—¡Es un noviazgo formal!

—¡Es un asco!

—¿Cómo puedes decir eso?

—¡Naturalmente que lo digo!

René Aumont se pasó la mano por la cara, al tiempo que se esforzaba por calmarse.

—Analicemos el problema con tranquilidad, ¿quieres, Madeleine?

—Yo ya lo tengo suficientemente analizado, René —respondió ella, sin gritos.

—Déjame entrar y charlemos con calma.

—No volverás a poner los pies en mi piso, René.

—¿Qué?

—Lo nuestro ha terminado.

—¿Cómo puede terminar, si te quiero más que nunca?

—Si de verdad me quisieras, no podrías pasarte una semana entera sin verme.

—Los policías tenemos menos tiempo libre del que nosotros quisiéramos, Madeleine, y tú lo sabes.

—Yo solo sé lo que tú me dices.

—Y lo que yo te digo es la verdad. Todavía estamos trabajando en un caso, y ya tenemos otros dos esperando. Y, por si fuera poco, cada vez los casos son más complicados y difíciles de resolver.

—¿No será que los policías sois cada vez más torpes? —repuso Madeleine, irónica.

—Lo que pasa es que los ladrones, los estafadores, los contrabandistas y los criminales, son cada vez más astutos. Precisamente, en estos momentos, estamos trabajando en un caso que... Déjame entrar y te lo contaré.

—No.

—Es un caso muy interesante, de veras...

—Lo será para ti, pero no para mí. A mí me interesan otras cosas. Por ejemplo, tener un novio que se preocupe por mí, que quiera estar a mí lado el mayor tiempo posible, que hable de matrimonio, alguna vez...

—Yo me preocupo por ti, Madeleine, aunque tú no lo creas. Y me encantaría pasarme a tu lado las veinticuatro horas del día, pero eso, desgraciadamente, no es posible. En cuanto a lo del matrimonio...

—¿Sí, René?

René Aumont carraspeó ligeramente.

—Es un paso muy importante, Madeleine.

—Que tú no quieres dar.

—Te equivocas, sí quiero darlo. Solo que...

—¿Qué?

—Bueno, me asusta un poco el que pueda salir mal, y...

—¿Por qué iba a salir mal, si tú me quieres y yo te quiero?

—Muchos matrimonios han fracasado, a pesar de eso —carraspeó René.

—Pero son muchísimos más los que no han fracasado —replicó Madeleine.

—Sí, es verdad —admitió René—. De todos modos, sigo pensando que lo mejor es esperar un poco más. Cuanto mejor nos conozcamos, más posibilidades tendremos de no equivocarnos cuando decidamos unir nuestras vidas. ¿No estás de acuerdo, Madeleine?

—¡No! Yo quiero casarme, tener hijos. ¡Y ahora, no cuando sea una

vieja!

—Solo tienes veintitrés años, Madeleine...

—¡La mejor edad para contraer matrimonio! Y eso es lo que voy a hacer, René: contraer matrimonio. Contigo... o con otro.

René Aumont apretó los dientes.

—Acabas de decir que me quieres.

—Sí. ¿Y qué?

—¿Cómo puedes casarte con otro, queriéndome a mí?

—No sería la primera.

—Serías muy desgraciada, Madeleine.

—¿Es que ahora no lo soy?

—¿De verdad te sientes desgraciada, Madeleine?

—Mucho.

—¿Por mí culpa?

—¿De quién, si no?

—¿Y crees que casándonos se arreglaría todo?

—Seguro que sí, porque de ese modo te vería todos los días.

René Aumont dio un suspiro.

—Está bien, Madeleine. Déjame entrar y pondremos fecha a nuestra boda.

El bello rostro de Madeleine Hubert se iluminó.

—¿Estás hablando en serio, René?

—Abre, antes de que me arrepienta —sonrió él.

Madeleine desenganchó la cadena, abrió de par en par y se echó al cuello del policía.

—¡Eres maravilloso, René!

René le rodeó la cintura con el brazo, derecho, la levantó sin ningún esfuerzo, y entró en el piso, cuya puerta cerró con el pie.

Madeleine le estaba besando en los labios, apasionadamente.

René, que colaboraba en la caricia, la llevó a la sala de estar, sobre cuya mesa ratona dejó las flores y los bombones.

Quería tener las dos manos libres, para poder estrujar el esbelto cuerpo de su novia, tan solo cubierto por una delgada bata.

Así lo hizo.

Madeleine separó un instante sus labios de los de él.

Radiante de felicidad, dijo:

—Me vas a partir la espalda, René...

—A ti te gusta que te abrace fuerte —recordó él.

—Es cierto.

—¿Por qué no pude abrir con mi llave?

—Cambié la cerradura.

—Un gasto inútil.

—No tan inútil —sonrió pícaramente ella, y le ofreció los labios, entreabiertos, palpitantes.

René se apresuró a cubrirlos con los suyos.

Tras el beso, tan largo y tan apasionado como el anterior, Madeleine sugirió:

—Sentémonos, René.

—Pero muy juntitos, ¿eh? —repuso el policía.

Sin separarse, se sentaron en el sofá.

La bata de Madeleine se abrió y sus piernas, largas, de una perfección absoluta, quedaron al descubierto.

La mano de René comenzó a deslizarse hacia allí, pero no logró su objetivo, porque Madeleine se la sujetó, diciendo:

—Las caricias luego, René. Ahora, fijemos la fecha de nuestra boda.

René Aumont carraspeó.

—¿Qué fecha te parece a ti, Madeleine?

—¿Qué tal el primer domingo de junio?

—¿Tan pronto...? —exclamó René, respingando en el sofá.

—Qué falta de tacto, hijo —rezongó Madeleine, enfadada—. Debiste decir: «¿Tan tarde...?». Aunque solo fuera por complacerme.

René tosió.

—Bueno, yo...

Madeleine volvió a sonreír, encantadoramente.

—¿Estás de acuerdo, cariño?

René iba a responder, cuando sonó el teléfono.

Dio la impresión de que, para el policía, aquel timbrazo era poco menos que providencial.

—El teléfono, Madeleine... —carraspeó.

—Ya lo oigo —rezongó la joven, que había arrugado el ceño.

Para ella, evidentemente, la llamada era de lo más inoportuna.

—¿Es que no vas a cogerlo?

—No.

—Puede ser para mí, Madeleine...

—Por eso precisamente no quiero cogerlo.

—Está bien, yo lo cogeré.

—Será la jefatura, y te ordenarán que salgas inmediatamente hacia allí —profetizó Madeleine.

—Ojalá te equivoques —dijo René, y descolgó el auricular, cuyo receptor se pegó al oído—. ¿Diga?... Sí, soy René... ¿Qué tal, teniente Barrier...? Sí, sí, le escucho... Oh... Diablos... Mi novia se va a enfadar, pero... Sí, comprendo. El deber es lo primero, claro. Espero que ella también lo comprenda... Sí, teniente. Enseguida salgo hacia ahí —dejó el auricular sobre las horquillas y se volvió hacia su novia—. Ya lo has oído, Madeleine... —murmuró, con cara de circunstancias.

—Sí, lo he oído —repuso ella, sin apenas despegar los dientes.

—Lo siento, pero tengo que irme.

—Si te vas ahora, no vuelvas jamás.

—Madeleine...

—¡Ni Madeleine ni cuernos! —rugió la joven, brincando del sofá—. ¡Esto ya es demasiado, René!

El policía se puso lentamente en pie.

—Cálmate, Madeleine, por favor. Si puedo, te prometo que volveré esta misma noche por aquí, aunque sea tarde.

—¡No te molestes, porque no te abriré! —advirtió ella.

—Tenemos que fijar la fecha de nuestra boda, cariño...

—¡Tú ya estás casado, René!

—¿Qué...? —parpadeó él.

—¡Con el Cuerpo de Policía! —gritó Madeleine, el rostro congestionado de ira, los puños rabiosamente apretados.

René se dijo que lo mejor era largarse cuanto antes, o su enfurecida novia la emprendería a golpes con él. Mientras se dirigía hacia la puerta, indicó:

—Pon las flores en agua, Madeleine, o se marchitarán.

—¿Las flores...? ¡Mira lo que hago yo con ellas!

Las atrapó, las arrojó al suelo, y se bailó un zapateado sobre ellas, destrozándolas totalmente.

—Si vas a hacer lo mismo con los bombones, me los llevo —dijo René—. Me costaron veinticinco francos...

—¡Te los vas a llevar, sí, pero estampados en la cara! —rugió Madeleine, abriendo la caja.

René Aumont abandonó el piso de su novia a bombonazo limpio.

CAPÍTULO 3

M

INUTOS después, el «Citroën CX-Pallas» del sargento Aumont, de color azul oscuro, se detenía ante la jefatura.

René salió del coche y se introdujo rápidamente en ella.

Fue directamente al despacho del teniente Barrier.

Saludó a varios compañeros, pero sin detenerse.

Alcanzó el despacho de su superior y dio unos golpecitos en el cristal de la puerta.

—Adelante —autorizó desde el otro lado el teniente Barrier.

René entró en el despacho.

—Aquí me tiene, teniente.

—Siéntese, sargento Aumont —indicó Barrier, gravemente.

René ocupó la silla que había delante de la mesa, tras la cual se hallaba sentado Gerard Barrier, un hombre de unos cuarenta años de edad, delgado, de estatura corriente, nariz afilada y ojos pequeños, de mirada inteligente.

Estaba en mangas de camisa y acababa de encender su pipa, en cuya operación había llenado de humo el despacho, no demasiado grande.

—Siento haber tenido que llamarle, René.

—No se preocupe —sonrió ligeramente Aumont.

—¿Se enfadó mucho su novia?

—Sí, bastante. Es que ya llovía sobre mojado, ¿sabe?

—Llevaba algunos días sin verla, ¿verdad?

—Una semana, nada menos.

—Eso es mucho tiempo, René.

—Demasiado, sí. Pero no me había sido posible ir antes. Usted sabe mejor que yo que hemos tenido muchísimo trabajo en estos últimos días, que apenas si hemos tenido tiempo para engullir unos bocadillos y dormir unas pocas horas.

El teniente Barrier suspiró.

—En efecto, así ha sido. Marsella se va pareciendo cada vez más a un infierno. Los policías no tenemos tiempo ni para rascarnos.

—Desgraciadamente, señor.

—En fin, confiemos en que esta situación cambie. Aunque yo soy bastante pesimista en ese aspecto, conste. Y, como para confirmar mi pesimismo, está lo ocurrido a esa pobre muchacha...

—¿La que han encontrado asesinada esta tarde?

El rostro de Gerard Barrier se contrajo ligeramente, antes de mover la cabeza en sentido afirmativo.

—Asesinada del modo más cruel, sargento Aumont. Por eso no quise darle detalles por teléfono.

—¿Se ensañaron con ella? —preguntó René, con voz ligeramente ronca.

—Salvajemente. Cortes, quemaduras, golpes, violación... Una auténtica monstruosidad.

—¿Dónde la encontraron?

—A unos treinta kilómetros de Arles, entre unos altos arbustos. Había un coche parado en un camino, próximo a la carretera que conduce a Nîmes; un «Renault 5-GTL», abandonado, al parecer. Eso fue lo que llamó la atención a la pareja de agentes de la Policía de Tráfico. Se acercaron y revisaron el coche, averiguando que pertenecía a una tal Nicole Pisier, con domicilio en París. Los agentes recorrieron los alrededores... y descubrieron el cadáver. La muchacha aparecía totalmente desnuda, pero en el coche había un fin de semana y dos maletas, con abundante ropa. No hay ninguna duda de que la joven asesinada es Nicole Pisier.

—¿Alguna pista del asesino o los asesinos?

—De momento, solo una: que rinden culto al Mal.

—¿Qué?

—Esos asesinos, y escojo el plural porque estoy absolutamente convencido de que fueron varios los canallas que golpearon, torturaron y violaron a esa desgraciada joven, adoran a Satán.

—Satán... —repitió René, quedamente—. ¿Cómo lo ha averiguado, teniente?

—No ha sido necesario averiguarlo. «Ellos» quisieron que lo supiéramos.

—¿De qué modo?

—Marcando el nombre del demonio en la piel de su víctima.

—¿Con pintura?

El rostro del teniente Barrier se contrajo nuevamente antes de informar:

—Con un hierro al rojo.

—¡Dios! —exclamó René, saltando de la silla.

—Sé cómo se siente, sargento, porque yo me siento igual que usted. Peor aún, porque yo he visto el cuerpo de esa inocente muchacha, brutalmente torturado, y desde ese instante siento que me quema la sangre en las venas, que mi estómago no logra desencogerse, que mi saliva tiene un sabor amargo... Y temo que no volveré a sentirme del todo bien hasta que no hayamos descubierto y capturado a los autores de la canallada.

—Tenemos que descubrirlos, teniente Barrier.

—Sí, René. Y no solo por lo que han hecho con esa joven, sino para que no puedan repetir la salvajada.

—En eso precisamente estaba pensando yo ahora, teniente. Puede haber más víctimas, si no los atrapamos pronto.

—No será fácil, sargento.

—Ya sé que no. Pero yo haré cuanto esté en mi mano para lograrlo, no regatearé esfuerzo alguno.

Gerard Barrier sonrió suavemente.

—Lo sé, René. Es usted un magnífico policía. El mejor que tengo a mis órdenes.

—Agradezco mucho sus palabras, señor, pero...

—Sí, ya sé lo que va a decir, que hay otros tan buenos o mejores que usted, pero no lo diga, porque no es verdad. Usted está por encima de todos ellos, y si me atrevo a decirlo en su presencia es porque sé que no se va a poner tonto por mis palabras.

—Seguro que no, señor —sonrió René, que se había sentado de nuevo.

El teniente Barrier abrió el cajón superior de su mesa y extrajo una fotografía, la cual ofreció al sargento Aumont.

—¿Es la víctima? —preguntó René, observando la fotografía, en la cual aparecía Nicole Pisier con un atrevido bikini.

—Sí —asintió Barrier.

—Preciosa muchacha... ¿Cuántos años tenía?

—Veintidós.

—En la flor de la vida...

—Sí.

—¿Sabe adónde se dirigía?

—Según la policía de París, con quienes he hablado hace un rato, Nicole Pisier se hallaba disfrutando de sus vacaciones. Lo averiguaron en la empresa donde ella trabajaba como mecanógrafa. Salió de París hace ocho días.

—¿Tenía familia?

—No, sus padres murieron hace ya algún tiempo, y ella era hija única. Vivía en un pequeño apartamento, sola.

—¿Cómo lograrían sorprenderla? ¿Y dónde?

—Trataremos de averiguarlo, sargento. De momento, ya sabemos que murió alrededor de las tres de la madrugada pasada. Le pedí al forense que le hiciera la autopsia rápidamente.

—Habrá que iniciar la investigación en el lugar donde apareció el cadáver, ¿no, teniente?

—Sí, ese será nuestro punto de partida.

—¿Cuándo quiere que salgamos para allá?

—Ahora mismo —respondió Barrier, poniéndose en pie.

Se estaba enfundando la chaqueta, cuando René dijo:

—Quisiera ver el cadáver de la muchacha, teniente.

Gerard Barrier lo miró.

—¿Seguro, sargento?

—Sí, señor.

—Está bien. Vamos.

Salieron ambos del despacho, abandonaron la jefatura y se trasladaron a la Morgue, en el coche de René.

El teniente Barrier pidió al empleado del depósito de cadáveres que les mostrase el de Nicole Pisier.

El empleado, un tipo joven, bastante corpulento, tiró de uno de los cajones del enorme frigorífico.

Apareció un cuerpo, cubierto totalmente por una sábana ligeramente acartonada.

A una indicación del teniente, el empleado retiró la sábana casi por completo, dejando visible el cadáver de Nicole Pisier hasta más abajo de las rodillas.

René Aumont, pese a haberse preparado para recibir una fuerte impresión, sintió que el estómago se le encogía y que las piernas le flaqueaban, viéndose precisado a apoyarse en el hombro del teniente Barrier.

—Es... es realmente espantoso... —musitó, esforzándose por vencer las náuseas.

—Ya se lo advertí, sargento —dijo Barrier—. Sabiendo lo desagradable que iba a ser, no sé por qué quiso venir.

—Tenía que verlo con mis propios ojos, teniente.

Y eso era lo que estaba haciendo.

Pese a lo escalofriante de la visión, no apartaba la mirada del cuerpo sin vida de Nicole Pisier.

Un cuerpo lleno de cardenales, de surcos, al parecer causados con la punta de un cuchillo, de pequeñas, pero dolorosísimas quemaduras...

En el rostro, sin embargo, no ofrecía ninguna señal de violencia, aunque su expresión, sin duda a causa de tanto sufrimiento, era estremecedora.

Lo más estremecedor de todo, no obstante, eran las cinco letras que aparecían marcadas a fuego en el pecho de la muchacha, sobre sus senos: SATAN.

Y también la ancha y profunda herida que tenía a la altura del corazón.

Debió ser el final del monstruoso rito: una cuchillada en pleno corazón.

Así murió Nicole Pisier.

Pero después de sufrir horrores.

El teniente Barrier hizo una seña al empleado de la Morgue.

El tipo cubrió nuevamente el cadáver de Nicole Pisier con la sábana y lo guardó en el frigorífico.

—Vamos, sargento Aumont —indicó Barrier, cogiéndolo del brazo y tirando suavemente de él.

—Encontraré a los autores de este horrendo crimen, teniente. Aunque sea lo último que haga en este mundo —prometió René, roncamente, y se

dejó llevar por su superior.

CAPÍTULO 4

U

N rato después, estaban en el lugar donde fue hallado el cuerpo sin vida de Nicole Pisier.

La noche, a diferencia de la anterior, era clara, y el cielo aparecía cubierto de fulgurantes estrellas, rodeando una luna casi llena.

No obstante, René cogió su linterna eléctrica antes de salir del coche. Le haría falta para inspeccionar el lugar minuciosamente.

—El coche de la chica se hallaba detenido justamente aquí señaló el teniente Barrier.

—¿Y ella...? —inquirió René.

—Allí, entre aquellos arbustos —indicó Barrier.

René fue hacia los arbustos, seguido del teniente Barrier.

Cuando los alcanzaron, René accionó la linterna y dirigió el haz de luz hacia el suelo.

—Hay manchas de sangre...

—Sí.

—¿Las había también en el coche? —preguntó René.

—No —respondió Barrier.

—Extraño. ¿No le parece, teniente?

—¿Por qué?

—En el estado en que se encontraba el cadáver de la chica, repleto de heridas y quemaduras, necesariamente tenía que haber manchado el coche, cuando lo metieron en él, para traerlo hasta aquí.

—Tal vez no lo hicieron, sargento.

—¿No?

—La muchacha pudo haber sido torturada y asesinada cerca de aquí, por lo que no fue necesario meter su cadáver en el coche para traerlo hasta este lugar. Simplemente, cargaron con él.

René miró a su alrededor.

—No lo creo, teniente. Para cometer un crimen como este, hace falta una casa, y no hay ninguna por aquí.

—Es cierto, no hay casas alrededor.

—Ni manchas de sangre que conduzcan a este lugar —observó René, revisando el suelo con la linterna.

—¿Cuál es su teoría, sargento Aumont?

—Que la muchacha fue sorprendida, torturada y asesinada lejos de aquí. Y que su cadáver fue traído a este lugar en su propio coche. Si este no tiene la menor mancha de sangre, es porque el cadáver fue metido en una gran bolsa de plástico. O envuelto en una lona. Algo así, teniente.

Gerard Barrier pareció estar de acuerdo.

—Su teoría es mejor que la mía, René.

—Mientras veníamos hacia aquí, dijo usted que, entre las cosas de Nicole Pisier, estaban las facturas de los hoteles donde ella había pernoctado desde que salió de París.

—Así es.

—¿Cuál es la más reciente?

—La de un hotel de Nimes. Lleva fecha de ayer —informó Barrier.

—Eso quiere decir que Nicole Pisier durmió anteanoche en Nimes.

—Sí, lo pone en la factura. Llegó por la tarde, cenó allí y pasó la noche. Por la mañana, tras el desayuno, debió reemprender su viaje, pues en la factura no le cargan ningún almuerzo.

—Tal vez almorzó en Arles.

—Es posible.

—Creo que debemos ir a Arles, teniente.

—Estoy de acuerdo, sargento.

Regresaron los dos al «Citroën» de René Aumont.

René puso el coche en marcha, alcanzó la carretera, y tomó la dirección de Arles.

* * *

Veinte minutos después, entraban en Arles.

En el primer restaurante donde preguntaron por Nicole Pisier, mostrando la fotografía de la infortunada joven, les aseguraron que ella no había estado almorzando allí el día anterior.

En el segundo, sin embargo, tuvieron más suerte, pues uno de los empleados reconoció al instante a la joven de la fotografía.

—Sí, estuvo almorzando aquí ayer. Yo mismo le serví —informó el empleado, un joven pelirrojo, delgado, de mirada despierta—. Y fue una pena.

El teniente Barrier y el sargento Aumont intercambiaron una mirada.

—¿Por qué dice que fue una pena? —interrogó Barrier.

—Oh, porque la chica era una preciosidad, como puede apreciarse en la fotografía, y yo, casualmente, ayer terminaba a las cinco. Me atreví a proponerle que pasásemos la tarde juntos, pero ella declinó amablemente la invitación, diciendo que precisamente alrededor de esa hora, a las cinco, pensaba continuar su viaje.

—¿Le dijo por casualidad adónde se dirigía? —preguntó René.

—Sí, me lo dijo; a Niza.

—A Niza... —murmuró René.

—Hay muchos kilómetros de Arles a Niza —observó Gerard Barrier.

—Sí, bastantes —dijo el empleado del restaurante—. Entre eso, y la aparatosa tormenta que descargó a última hora de la tarde, es seguro que esa joven no llegó anoche a Niza.

—No, no llegó —comunicó Barrier.

—Se detendría a pasar la noche en algún lugar.

—Probablemente.

—¿Puedo preguntar por qué la buscan ustedes?

—No la buscamos a ella, sino a... sus asesinos.

El joven pelirrojo dio un fuerte respingo.

—¿Asesinos...?

—La joven apareció muerta a unos treinta kilómetros de aquí —informó Barrier.

—Brutalmente asesinada —añadió René.

—Dios mío... —musitó el empleado, empalideciendo.

—Debió aceptar su invitación, muchacho —suspiró el teniente Barrier —. Si lo hubiera hecho, ahora estaría viva.

—Si llego a saber lo que iba a suceder, habría insistido mucho más para que se quedara en Arles anoche...

—Claro. Pero nadie puede predecir el futuro.

—Estoy realmente impresionado. Era una joven tan bonita, tan simpática...

—Gracias por la información, muchacho.

—No hay de qué.

—Vamos, sargento.

El teniente Barrier y René Aumont salieron del restaurante.

Se introdujeron en el «Citröën».

Antes de ponerlo en marcha, René encendió un cigarrillo.

No ofreció la cajetilla a su superior, porque sabía que él rechazaría la invitación.

Gerard Barrier solo fumaba en pipa.

Al ver encender el cigarrillo a René, le entraron deseos de fumar a él también, y extrajo su cachimba y su petaca.

Mientras llenaba la pipa, dijo:

—Tendremos que salir hacia Niza, sargento.

—Sí. Hemos de seguir el mismo camino que Nicole Pisier —convino René.

—Los asesinos debieron sorprenderla en plena carretera.

—¿Por qué piensa eso, teniente?

—Como muy bien ha señalado el empleado del restaurante, dada la distancia que separa Niza de Arles, y el tormentón que descargó anoche en esta región, Nicole Pisier debió detenerse a pasar la noche en algún lugar. Pero, evidentemente, no lo hizo. Y digo esto porque, si se hubiera detenido

en algún pueblo o motel, no habría sido asesinada. En mi opinión, la sorprendieron antes de que ella decidiera detenerse a pasar la noche en algún lugar, la llevaron a algún caserón solitario, y allí... hicieron lo que hicieron con ella.

—Si está usted en lo cierto, y teniendo en cuenta que, según afirma el forense, Nicole Pisier murió sobre las tres de la madrugada, la joven debió permanecer muchas horas en poder de sus asesinos...

—De seis a siete, calculo.

—Seis o siete horas sufriendo horriblemente...

—Algo espantoso, lo sé.

René Aumont apretó las mandíbulas y puso el coche en movimiento, saliendo de Arles en dirección a Niza.

CAPÍTULO 5

R

EALIZARON el trayecto sin prisa y con los ojos bien abiertos.

Cuando se encontraban con algún camino, bien a la derecha, bien a la izquierda, René Aumont lo tomaba y adentraba el coche un par de cientos de metros, con la esperanza de descubrir algún viejo y solitario caserón, lugar ideal para cometer una canallada como la sufrida por Nicole Pisier.

Al no hallarlo, René hacía girar el coche y regresaban a la carretera, cada vez más desilusionados.

Desilusión que fue total y absoluta cuando divisaron a lo lejos las luces de la ciudad de Niza.

—Pare el coche, René —indicó el teniente Barrier, dando un suspiro.

René obedeció.

—No es necesario que entremos en Niza —añadió Gerard Barrier—. Sabemos que Nicole Pisier no llegó tan lejos.

—Solo lo suponemos, teniente. Quizá, y a pesar de la furiosa tormenta, decidió continuar el viaje...

—Hubiera sido una locura, y usted lo sabe. Y más en este caso concreto. Nicole Pisier estaba de vacaciones, no tenía ninguna prisa por llegar a Niza. Lo mismo le daba llegar anoche que esta mañana.

—Sí, eso es cierto, teniente —convino René, descansando la espalda en el respaldo del asiento.

—Hay otra cosa, además. Nicole Pisier murió alrededor de las tres de la madrugada. Desde Niza, al lugar en donde fue hallado su cadáver, hay varias horas de coche. Sus asesinos hubieran llegado allí amanecido ya, y eso hubiese supuesto un grave riesgo para ellos. Era mucho más seguro abandonar el cadáver siendo de noche todavía. ¿Entiende lo que quiero decir, sargento?

—Desde luego, señor. Que Nicole Pisier no pudo ser asesinada a tantos kilómetros del lugar donde apareció su cadáver. De haber sido asesinada en Niza, o cerca de Niza, su cuerpo hubiese aparecido a menos de cien kilómetros de aquí.

—Exacto.

—Estoy de acuerdo con usted, teniente.

—Dé la vuelta al coche, pues.

—¿Vamos a seguir buscando, teniente? —preguntó René, mientras

realizaba la maniobra.

—Desde luego. Pero mañana, a la luz del día. Estamos los dos cansados y necesitamos dormir un poco.

—Encontrar el lugar en donde fue torturada y asesinada Nicole Pisier, sin tener ninguna pista, puede llevarnos semanas enteras, teniente Barrier.

—Confío en que no sea así, sargento.

—Se me acaba de ocurrir algo, ¿sabe? Y creo que, con un poco de suerte, podría dar resultado.

—Le escucho, René.

—Mi plan consiste en hacer que todas las tardes, a partir de mañana, y a eso de las cinco, una agente, simulando ser una joven que está de vacaciones, salga de Arles en dirección a Niza. Por supuesto, nosotros la seguiríamos a prudente distancia, y nos comunicariamos con ella por radio, con el fin de poder acudir rápidamente en su ayuda en el caso de que el plan funcione y ella se vea atacada por los discípulos de Satán.

—¿Discípulos de Satán? —repitió Barrier.

—Así voy a llamar yo desde ahora al grupo de asesinos que torturaron, violaron y mataron a Nicole Pisier. ¿Qué le parece mi plan, teniente?

—Es bueno.

—¿Lo llevaremos a la práctica, entonces?

—Mañana mismo. Y ojalá esos canallas muerdan el anzuelo y se lancen sobre nuestra agente disfrazada de turista antes que contra ninguna otra muchacha indefensa.

—Por eso dije antes que necesitamos un poco de suerte, para que el plan funcione. Si no es nuestra agente la próxima víctima elegida por los discípulos de Satán...

—No piense en eso, René.

—Sí, tiene razón. Es mejor ser optimistas.

—¿Sabe a quién voy a proponerle, antes que a nadie, si quiere servir de cebo en nuestro plan?

—¿A quién?

—A Claudine Leclerc.

—Claudine Leclerc... —murmuró René.

—¿Qué le parece la elección?

—Muy acertada, señor.

—Eso creo yo. Claudine es joven, alta, bien formada, de rostro sumamente atractivo... Y además, rubia, como Nicole Pisier.

—Sí.

—Ojalá acepte.

—Aceptará, teniente. Claudine es una joven muy valiente, que no se asusta por nada.

—Perdone si soy indiscreto, sargento, pero creo que Claudine y usted...

—Salimos juntos una temporada.

—Sí, eso tenía entendido.

René Aumont no dijo nada más sobre la agente Leclerc, y Gerard Barrier, respetando su silencio, no hizo más preguntas al respecto.

* * *

René Aumont detuvo su «Citroën» ante el edificio en el cual vivía Madeleine Hubert.

Minutos antes había dejado en su casa al teniente Barrier.

René consultó su reloj.

Las cuatro de la madrugada.

¿Qué hacía?

¿Subía o no subía?

Lo más sensato sería marcharse a su casa, meterse en la cama, y dormir a pierna suelta hasta las ocho de la mañana, aproximadamente.

Cuatro horas...

Poco era, pero no podía dormir más.

Antes de las nueve tenía que estar en la jefatura.

Sí, eso sería lo más sensato, marcharse a descansar.

Pero le había prometido a Madeleine que, si podía, aquella misma noche volvería por su piso. Aunque fuese tarde.

Y allí estaba.

Tenía ganas de subir.

Muchísimas ganas.

Pero sabía que si subía, no dormiría cuatro horas.

Ni tres.

Puede que ni siquiera dos...

Volvió a deshojar mentalmente la margarita.

«¿Subo? ¿No subo? ¿Subo? ¿No subo?»

—¡Subo! —exclamó en voz alta, como si acabara de arrancar el último pétalo de la margarita.

Salió rápidamente del coche y se introdujo corriendo en el edificio.

Segundos después, se hallaba ante la puerta del piso de Madeleine, con la respiración entrecortada, pues no había utilizado el ascensor.

Hizo ademán de extraer la llave que ella le entregara tiempo atrás, cuando sus relaciones dejaron de ser solamente amistosas para convertirse en íntimas, pero recordó que aquella llave ya no servía, pues Madeleine había hecho cambiar la cerradura.

Apoyó el pulgar en el timbre, pero no llegó a oprimirlo, en el último instante se detuvo.

No había olvidado lo furiosa que había dejado a su novia.

Era muy capaz de no abrirle la puerta.

Ni siquiera de levantarse de la cama...

De pronto, René tuvo una idea.

Extrajo una ganzúa del bolsillo interior de su chaqueta y la introdujo

silenciosamente en el ojo de la cerradura.

René sabía cómo se manejaba una ganzúa.

Lo demostró abriendo en menos de quince segundos, sin apenas causar ruido.

Por fortuna, la cadena de seguridad no estaba pasada, y pudo abrir la puerta y colarse en el piso de su novia.

Todas las luces estaban apagadas, aunque se filtraba un poco de claridad a través de las ventanas, la suficiente para poder caminar por el piso sin tropezar con los muebles.

René cerró la puerta con sumo cuidado y luego caminó hacia el cuarto de Madeleine, cuya puerta permanecía entornada.

La abrió, sin pronunciar el más leve sonido de goznes, y se introdujo en la habitación, cerrando a continuación.

Observó a Madeleine.

Estaba acostada boca arriba, con el brazo derecho descansando sobre la almohada y el izquierdo tendido a lo largo de su cuerpo, apenas velado por el minicamisón de gasa negra, transparente.

La rosada sábana se había ido hacia abajo, y solo la cubría hasta un poco más arriba de las rodillas.

Madeleine, no cabía ninguna duda, dormía profundamente.

Su expresión, sin embargo, distaba mucho de ser plácida y dulce.

Su ceño estaba ligeramente fruncido y mantenía los labios apretados.

Seguro que estaba soñando con él.

Que discutía con él, más bien.

René se alegró de haberse decidido por fin a subir.

Madeleine no se merecía aquel abandono al que, por culpa de su siempre abundante trabajo, la sometía él.

Era una joven encantadora.

Y cariñosa.

Y fiel.

Sí, sobre todo, fiel.

¿Dónde iba a encontrar otra joya como aquella?

En ningún sitio, seguro.

René no quiso perder más tiempo contemplando a su novia, aunque contemplarla así, dormida, con aquel tentador camisoncito, era todo un espectáculo.

Pero él, desgraciadamente, solo disponía de cuatro horas escasas, y tenía que aprovecharlas al máximo.

Se quitó la chaqueta, la corbata y los zapatos, y se acercó de puntillas a la cama, en cuyo borde derecho se sentó, con gran cuidado de no despertar a Madeleine.

Ella siguió dormida.

René se inclinó sobre su novia y posó delicadamente sus labios sobre los de ella.

Madeleine se despertó al instante.

—¡Socorro! —gritó.

—¡Que soy yo, Madeleine! ¡René!

—¡Por eso pido socorro!

—¿Es que te has vuelto loca...?

—¡Estoy de lo más cuerda! ¡Socorro...!

—¡Cállate, maldita sea! ¡Nos van a oír los vecinos!

—¡Eso es lo que yo quiero! ¡Soco...!

Esta vez no llegó a pronunciar el «rro».

René había pegado su boca a la de ella, impidiéndole hablar.

Madeleine se debatió furiosamente, pero no logró quitarse de encima al hombre de quien estaba perdidamente enamorada.

René le había sujetado los brazos contra la almohada, y ella, poco a poco, fue dejando de forcejear, hasta quedar totalmente abandonada bajo el cuerpo de él, que la besaba con más ardor que nunca.

Al ver que su novia se había convertido en una balsa de aceite, René separó ligeramente sus labios de los de ella y la miró a los ojos.

—¿Pasó ya tu ataque de furia, cariño?

Ella le sonrió dulcemente.

—No puedo luchar contigo, René. Eres más fuerte.

—Te prometí que, si me era posible, volvería esta misma noche. Y aquí me tienes, dispuesto a complacerte en todo.

—¿No vas a soltarme los brazos?

—¿No me pondrás un ojo moreno, de un puñetazo?

—Te doy mi palabra.

—Prefiero que me des un beso.

Madeleine se lo dio.

René le soltó los brazos.

Ella le cercó el cuello amorosamente.

—¿Cómo diablos has entrado, René?

—Utilizando una ganzúa.

—Eso es allanamiento de morada.

—De la morada de mi novia.

—¿Qué has pretendido decir con esa puntualización?

—Que tengo derecho a allanar tu morada siempre que lo desee.

—Lo deseas tan pocas veces...

—Tú sabes que eso no es verdad —repuso René, besándola suavemente en el cuello.

—¿Qué hora es, cielo?

—Las cuatro y algunos minutos.

—Qué tarde...

—Sí. Por eso no debemos perder tiempo. Tengo que estar en la jefatura antes de las nueve, ¿sabes?

—Qué pronto...

René deslizó las manos por debajo del camisón, con intención de acariciar el pecho femenino.

Madeleine no se lo permitió.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó él, extrañado.

—Debes estar cansado, ¿verdad?

—Sí, muy cansado —confesó René.

—Entonces, te conviene dormir.

—¿Qué?

—Desnúdate y acuéstate a mí lado. Pero como si yo no estuviera, ¿entiendes?

—Pero «estás», Madeleine —repuso René, mirándola un instante de pies a cabeza.

—Puedo irme a la otra habitación, si quieres...

—Lo que yo quiero es que te quedes.

—¿Seguro?

—Sí.

—Entonces, me quedo —sonrió Madeleine, rodeándole nuevamente el cuello con sus brazos.

René la besó con pasión, al tiempo que sus manos, libres ya, recorrían ávidamente el maravilloso y cálido cuerpo femenino.

CAPÍTULO 6

E

El teniente Barrier volvió a mirar su reloj.

—Las nueve y cuarto, ya —rezongó.

—No tardará en llegar, teniente —dijo la agente Leclerc—. El sargento Aumont siempre fue un tipo muy puntual.

Estaba sentada ante la mesa de Gerard Barrier, con las piernas cruzadas.

Y qué piernas...

Dignas de ser esculpidas en mármol.

O en bronce.

O en granito.

O en lo que fuera.

El teniente Barrier, pese a ser un hombre casado, con cuatro hijos, y una suegra que siempre lo había vigilado muy de cerca, posó un instante sus ojos en las excepcionales extremidades inferiores de Claudine Leclerc.

«Qué maravilla», pensó, con un destello de admiración en la mirada.

Pero también pensó en su suegra, y en cómo se pondría ella si le sorprendiera contemplando las bellas piernas de la agente Leclerc.

Le entraron ganas de pedir a Claudine Leclerc que se estirase un poco la falda del uniforme.

Y estuvo a punto de hacerlo, el muy tonto.

En el último momento, sin embargo, decidió mandar a la porra a la gruñona de su suegra y seguir observando, aunque disimuladamente, claro, los espléndidos miembros inferiores de la agente Leclerc.

De pronto, sonaron unos golpes en el cristal translúcido de la puerta.

Gerard Barrier dio un cómico respingo, y casi se le cayó la pipa de la boca.

—Debe ser el sargento Aumont, teniente —dijo Claudine Leclerc.

—¡O mi suegra! —galleó Barrier.

—¿Cómo? —pestañeó la joven.

Gerard Barrier tosió, como si quisiera ahogar sus propias palabras, pero ya era tarde para eso.

—No he dicho nada, agente Leclerc. ¡Pase! —autorizó, mirando hacia la puerta.

Esta se abrió y René Aumont penetró en el despacho, visiblemente nervioso.

—Lamento el retraso, teniente Barrier. Hubo un atasco de tráfico, y...

—Sí, el tráfico está cada día más difícil —dijo Claudine Leclerc, con una ironía apenas perceptible.

Pero René la percibió.

En el acto.

Conocía muy bien a Claudine Leclerc.

Y ella también a él, eso era lo malo.

Tras emitir un ligero carraspeo, sonrió y dijo:

—¿Qué tal, Claudine?

—De primera. ¿Y tú, René...?

—Bien, ya lo ves.

—Lo celebro.

—Yo también.

Sobrevino un embarazoso silencio.

El teniente Barrier lo rompió, indicando:

—Siéntese, sargento Aumont.

—Gracias, señor —respondió René, sentándose en una silla, a la izquierda de Claudine.

Ella comenzó a balancear la pierna que tenía montada sobre la otra, lentamente.

Se diría que deseaba llamar la atención del sargento Aumont hacia esa región de su anatomía.

Lo consiguió.

Pero solo por un instante, pues René levantó enseguida los ojos y miró a Gerard Barrier, que era mucho menos atractivo que las piernas de Claudine, pero era su superior.

—¿Le ha expuesto ya el plan a la agente Leclerc, teniente? —preguntó.

—Sí, sargento.

—¿Y ella...? —René volvió a mirar a Claudine, pero esta vez, solo su rostro, muy bello, también.

—Aceptó sin titubear —respondió Barrier, sonriendo.

René también sonrió.

—Ya le dije que aceptaría, teniente.

—Oh, gracias por la confianza, sargento —dijo la joven, de nuevo, con velada ironía.

—Los agentes Clerval y Poiret vendrán con nosotros —informó Barrier.

—Estupendo —aprobó René.

El teniente Barrier miró a Claudine Leclerc.

—Agente Leclerc, vaya a preparar sus cosas.

—Sí, señor —respondió la joven, descruzando las piernas y poniéndose en pie.

—Sargento Aumont, acompañe a la agente Leclerc a su casa —ordenó Barrier.

—¿Yo? —respingó René.

—Usted.

—¿Puedo preguntar para qué, señor?

—Quiero que se asegure de que, cuando la agente Leclerc salga de su casa, parezca una auténtica turista.

René abrió la boca, porque lo que su superior decía, le carecía una tontería.

¿Qué falta hacía él para...?

Claudine Leclerc lo tomó del brazo.

—En marcha, sargento Aumont.

—Vuelvan lo antes posible —rogó el teniente Barrier.

—Descuide, teniente —respondió la agente Leclerc, sacando del despacho al desconcertado René.

No cambiaron una sola palabra hasta que estuvieron en el «Citroën» de René Aumont. Entonces, Claudine Leclerc dijo:

—¿Te has comido la lengua, René?

—No —gruñó Aumont.

—El teniente Barrier es un hombre muy astuto.

—¿Por qué lo dices?

—Sabe que tú y yo estuvimos juntos algún tiempo.

—Todo el Departamento lo sabe, no es secreto para nadie.

—El teniente Barrier ha querido que tú y yo hablemos a solas antes de poner en práctica el plan ideado por ti. Por eso te ordenó que me acompañaras a casa.

—Es una tontería. Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. Ya lo hablamos todo en su día. Lo nuestro acabó, Claudine.

Claudine Leclerc se puso seria.

—Tú quisiste que acabara, René.

—Era lo mejor para los dos. No nos entendíamos.

—Eso no es verdad. Discutíamos alguna vez, pero...

—Demasiadas veces.

—Te cansaste de mí, eso fue lo que ocurrió.

—No es cierto.

—Sí que lo es, René. Pero no te lo reprocho, ¿sabes? En el fondo, reconozco que tenías motivos para cansarte de mí. Siempre he sido una chica difícil y caprichosa.

Aumont no dijo nada.

—He cambiado, René —continuó Claudine—. Se acabaron los caprichos y las tonterías.

René Aumont siguió conduciendo en silencio.

—No me crees, ¿verdad?

—Sí, te creo —respondió René, aunque no era cierto.

—Dame la oportunidad de demostrártelo.

—¿Qué?

—Vuelve conmigo, René —rogó la agente Leclerc.

—Eso no es posible, Claudine.

—¿Por qué?

—Tengo novia, la quiero, y voy a casarme con ella muy pronto.

—Madeleine Hubert... —murmuró Claudine, con un destello en las pupilas.

—¿La conoces? —se extrañó René.

—Sí, os he visto juntos alguna vez.

René frunció el ceño.

—¿Me has espiado, Claudine?

—Si quieres llamarlo así... —sonrió ella.

—No debiste hacerlo, Claudine.

—Te sigo queriendo, ¿sabes?

—Será mejor que me olvides.

—No solo no voy a olvidarte, René, sino que voy a hacer lo imposible por recuperarte —advirtió Claudine Leclerc.

—Perderás el tiempo.

—Con esa Madeleine no serás feliz, René.

—Y contigo sí, ¿verdad?

—Yo soy policía, como tú. De momento, ya tenemos eso en común.

—Es lo único que tenemos, creo.

—Madeleine Hubert es una chica muy atractiva, no voy a discutirlo; pero no lo es más que yo. En todo caso, menos.

—Dejémoslo en empate, ¿te parece?

Claudine Leclerc sonrió extrañamente.

—Volverás a ser mío, René.

René Aumont también sonrió.

—Lo dudo.

—Al tiempo.

—Hemos llegado, Claudine —indicó René, parando el coche frente al edificio donde vivía la joven.

La agente Leclerc descendió del «Citroën».

Al ver que René no la imitaba, preguntó:

—¿No subes?

—No, te espero aquí.

—Me tienes miedo...

—Te equivocas.

—Sí, se te nota en la cara que me temes. Y eso demuestra que mis esperanzas por reconquistarte, no son infundadas.

—Estás loca.

—Por ti.

—Vamos, sube de una vez. Ya oíste al teniente Barrier.

—No te preocupes, estaré lista en unos minutos.

Claudine Leclerc dio media vuelta y se introdujo en el edificio.

René Aumont encendió un cigarrillo.
Le preocupaba la actitud de Claudine.
Era una mujer fascinante, y por tanto, peligrosa.
Si era verdad que estaba dispuesta a conquistarle de nuevo, iba a tener problemas con ella.
Y muy gordos...

* * *

Quince minutos después, Claudine Leclerc salía del edificio, cargada con una maleta y un fin de semana.

Ya no vestía de uniforme, sino unos ajustados pantalones tejanos, color hueso, y una blusa de tirantes, de un rojo muy vivo.

Los vaqueros se encargaban de resaltar sus redondas caderas y la esbeltez de sus muslos, y la blusa, muy ceñida también, la turgencia de sus pechos, que asomaban incitantes por el atrevido escote. Los zapatos, de alto tacón, hacían juego con la blusa.

—¿Te gusta mi atuendo, querido? —preguntó, cuando estuvo junto al coche.

—Pon tus cosas atrás —indicó René, sin responder a la pregunta de la escultural Claudine.

Hubiera tenido que responder que sí, que le gustaba mucho vestida de aquel modo. Más aún, que estaba como para desayunársela con zapatos y todo.

Y eso no podía decirlo, tal y como estaban las cosas...

—El que calla otorga —sonrió Claudine, pícaramente, y puso su maleta y su fin de semana sobre el asiento trasero del «Citroën».

Seguidamente, se sentó junto a René.

—Cuando quiera, sargento Aumont —dijo, con guasa. René puso el coche en marcha.

* * *

Cuando llegaron a la jefatura, el teniente Barrier ya tenía dispuesto el coche que iba a utilizar la agente Leclerc.

Se trataba de un «Simca 1100-S», matriculado en París.

La matrícula era falsa, por supuesto.

René puso las cosas de Claudine en el maletero del «Simca».

Poco después, la agente Leclerc salía de Marsella en dirección a Nimes, seguida a distancia por el teniente Barrier y el sargento Aumont, que iban en el «Citroën» de este.

Un poco más atrás, y en un «Peugeot 304-S», viajaban los agentes Clerval y Poiret.

Tanto estos, como la agente Leclerc, podían comunicarse por radio con

el «Citroën» de René.

Antes de las doce, se encontraban todos en Nîmes.

Pero no juntos.

El «Citroën» de René y el «Peugeot» de los agentes Clerval y Poirot se detuvieron a cierta distancia del «Simca» que conducía Claudine.

Permanecieron una media hora en Nîmes.

Después, el teniente Barrier ordenó por radio a la agente Leclerc que saliera hacia Arles.

A la hora del almuerzo, estaban todos en Arles.

Claudine Leclerc, siguiendo las instrucciones del teniente Barrier, comió en el mismo restaurante que Nicole Pisier.

El teniente, René, y los agentes Clerval y Poirot, comieron unos bocadillos en los coches.

Alrededor de las cinco, y de acuerdo con el plan del sargento Aumont, la agente Leclerc salió de Arles en dirección a Niza.

Desafortunadamente para ellos, los discípulos de Satán, como llamaba René a los canallas que torturaron, violaron y dieron muerte a Nicole Pisier, no se dejaron ver, y el «Simca» de Claudine llegó sin novedad a Niza, así como el «Citroën» de René y el «Peugeot» que conducían los agentes Clerval y Poirot.

Desalentados por aquel primer fracaso, emprendieron el regreso a Marsella, pero con la esperanza de que, al día siguiente, el plan funcionase.

Muy lejos estaban ellos de sospechar que, en aquellos momentos, dos nuevas víctimas habían caído en las garras asesinas de los discípulos de Satán...

CAPÍTULO 7

S

Í.

Dos nuevas víctimas.

Las hermanas Millou.

Nathalie y Janine.

Nathalie era la mayor. Contaba veinticuatro años de edad, y tenía el cabello negro como el azabache.

Janine estaba a punto de cumplir los veintidós años, y era muy rubia.

Las dos eran artistas.

Bailarinas «sexy», concretamente.

Habían actuado una semana en un club nocturno de Nimes, y su próxima actuación sería en Cannes.

Otra semana entera.

Después, Niza.

Luego, Montecarlo.

Llevaban una magnífica racha de contratos.

Ello era debido a que su número tenía mucha calidad.

Y también, por qué no decirlo, a que tanto Nathalie como Janine poseían una figura sensacional.

Figura que, apenas cubierta por un superdiminuto «slip», mostraban desde el principio hasta el fin de su número, cortando la respiración a más de un espectador con sus sensuales y eróticos movimientos.

Iban camino de Cannes, con su magnífico «Alpine A-310», cuando descubrieron el Motel Vartan.

—Mira, Janine —dijo Nathalie, parando el coche.

—Es un motel.

—¿Qué te parece?

—No tiene mal aspecto —opinó Janine.

—¿Quieres que pasemos la noche aquí?

—Bueno. Hasta mañana por la noche, no empezamos en Cannes.

Nathalie Millou puso el coche en funcionamiento y lo llevó hasta la oficina del motel.

Descendieron las dos del «Alpine» y entraron en la oficina.

—No hay nadie... —observó la rubia Janine.

—Pronto aparecerá alguien. La campanilla de la puerta le habrá avisado

—repuso la morena Nathalie.

En efecto, así fue.

No tardó en aparecer la atlética figura de Robert Vartan, el propietario del motel, quien se presentó amablemente.

Las hermanas Millou expresaron su deseo de pasar la noche en el motel.

Vartan respondió que no había ningún inconveniente, ya que todos los «bungalows», absolutamente todos, se hallaban vacíos por estar todavía fuera de temporada.

Cogió la llave del «bungalow» número cinco, el mismo que ocupara dos noches antes Nicole Pisier.

Vartan no ofreció el libro de registro a las bailarinas, y como ellas tampoco se lo pidieron, sus nombres no quedaron registrados en el mismo.

—Tengan la bondad de seguirme, señoritas —indicó Vartan.

Salieron los tres de la oficina.

El dueño del motel las condujo al «bungalow» número cinco.

A las hermanas Millou les complació enormemente el aspecto interior del «bungalow».

Vartan las dejó allí y fue por el equipaje de las muchachas, regresando poco después con él.

—He llevado su coche al garaje del motel, señoritas —informó—. Estará mejor allí.

—Gracias, señor Vartan —sonrió Nathalie.

—¿Han cenado ustedes? —preguntó Vartan.

—No —respondió Janine.

—Si me dicen lo que les apetece cenar, ordenaré que se lo preparen.

Nathalie pidió unos entremeses, un jugoso «bistec», con patatas fritas, cerveza, y un flan con melocotón en almíbar de postre.

Janine pidió lo mismo.

—Dentro de unos minutos lo tendrán aquí, señoritas —sonrió Robert Vartan, y abandonó el «bungalow».

—Es un tipo simpático, ¿verdad, Nathalie? —comentó Janine.

—Sí. Y muy alto.

—Y muy fuerte.

—Y no es feo...

Las dos hermanas se echaron a reír.

—¿A que te gustaría conquistarle, Janine?

—¡Seguro! Y a ti también, no lo niegues —respondió la menor de las Millou.

Nathalie dio un suspiro.

—Ojalá hubiésemos tomado dos «bungalows». Así, una de nosotras podría llevarse el gato al agua.

—El dueño del motel a la cama, querrás decir.

Nathalie y Janine rieron de nuevo.

—Qué claro hablas, hermanita —dijo la primera.

—Yo nunca me ando por las ramas, ya lo sabes —repuso Janine.

—La cosa todavía tiene solución, Janine.

—Conquistarlo entre las dos, ¿no?

—Exacto.

—No sería la primera vez que compartimos el mismo hombre, desde luego.

—Falta saber si él aceptará.

—Seguro que sí. Si fuera un tipo enclenque, echaría a correr asustado, pero Robert Vartan está sobrado de energía.

—¿A él, pues?

—¡A él! —exclamó Janine, estrechando la mano que le ofrecía su hermana.

Volvieron a reír las dos.

—Pongámonos ligeras de ropa —sugirió Nathalie.

—Sí, hemos de impresionar a Robert Vartan, cuando regrese con la cena.

Abrieron las maletas, que el dueño del motel había dejado sobre la cama, y procedieron a desvestirse.

Nathalie se enfundó una bata de seda, de color naranja, cuyo cinturón ató sin apretar demasiado su cintura, con el fin de que la bata pudiera abrirse tanto por arriba como por abajo y le permitiera mostrar generosamente los senos y las piernas.

Janine se colocó una bata azul celeste, y también, como su hermana, se la ató de modo que su pecho y sus miembros inferiores quedaran visibles a poco que ella se lo propusiera.

Menudas pájaras, las hermanita Millou...

Guardaron la ropa que se habían quitado en las maletas, las cerraron y las metieron en el armario.

En ello estaban, cuando la puerta de la habitación, que ellas habían entornado antes de desnudarse, se abrió lentamente, empujada por la mano del hombre, alto y fornido, que se cubría el cuerpo con una larga y ancha túnica amarilla, en cuyo pecho aparecía bordada, con hilo rojo y en forma de arco, la palabra SATAN.

El hombre se introdujo en la habitación, sin producir ningún ruido con sus pies descalzos, y cerró la puerta silenciosamente.

Nathalie fue la primera en girarse, y por tanto, en descubrirle.

Se quedó helada de espanto, sobre todo, por la horrible máscara de demonio que cubría la cara del intruso.

—Ja... Janine... —acertó a pronunciar, sin apenas voz, al tiempo que cogía el brazo de su hermana y lo oprimía con fuerza.

Janine se volvió, alarmada.

—¡Cielo santo! —exclamó ahogadamente, desorbitando los ojos.

El hombre de la máscara avanzó lentamente hacia ellas, ocultando la

mano derecha tras su espalda.

Nathalie y Janine se abrazaron, horrorizadas.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —gimió la mayor de las hermanas.

El hombre de la túnica no respondió.

Siguió avanzando hacia ellas.

De pronto, su mano derecha apareció, mostrando el terrorífico cuchillo de largo y ancho acero.

Las hermanas Millou estuvieron a punto de desvanecerse de terror.

Gritaron las dos a un tiempo.

El hombre de la horrorosa máscara ya estaba muy cerca.

A menos de tres metros de ellas.

—¡Huyamos, Janine! —chilló Nathalie, tirando bruscamente de su hermana.

Saltaron ágilmente por encima de la cama, único modo de burlar al hombre de la túnica amarilla, y corrieron hacia la puerta.

Sorprendentemente, el individuo no hizo nada por impedir que la alcanzaran.

Nathalie abrió la puerta de un zarpazo.

Un nuevo grito de horror brotó de su garganta.

También Janine chilló, igualmente horrorizada.

En el *living* del «bungalow», había otros dos hombres.

Con túnicas amarillas.

Con máscaras de demonio.

Con cuchillos de estremecedora hoja.

Nathalie y Janine se dieron cuenta de que estaban irremisiblemente perdidas.

Nunca lograrían escapar de tres hombres, altos, fuertes, y armados con largos cuchillos, además.

Nathalie giró un instante la cabeza.

El hombre que estaba en el dormitorio, caminaba ya hacia ellas.

Nathalie volvió a mirar a los otros dos individuos, con los ojos dilatados al máximo, expresando el más infinito horror.

Los dos hombres habían echado a andar también hacia ellas, los cuchillos en alto.

Janine, incapaz de soportar tanto horror, perdió la noción de la realidad y se desplomó como un fardo.

—¡Janine...! —chilló con desesperación Nathalie.

Intentó levantar a su hermana, pero entonces la vista se le nubló y también ella se desvaneció, cayendo pesadamente sobre Janine.

Ya estaban las dos a merced de los discípulos de Satán...

CAPÍTULO 8

J

ANINE Millou fue la primera en recobrar el sentido.

Bastaron unos pocos segundos para que deseara no haber despertado jamás.

Sí.

Mejor hubiera estado muerta.

Los muertos no sienten dolor.

No sufren.

No se horrorizan.

Ella, en cambio, volvía a estar tan horrorizada o más que cuando se desmayó en el «bungalow».

E intuía que iba a sentir dolor.

A sufrir muchísimo...

Se encontraba de pie en el centro de aquella horripilante estancia, una especie de pequeño templo pagano, iluminado por la luz roja que procedía del techo, emitida por una bombilla vulgar y corriente, solo que pintada de rojo.

Se veía obligada a mantener los brazos en alto, pues le habían sujetado las muñecas con unas abrazaderas de cuero, as cuales remataban las cadenas que pendían de una de las vigas del techo.

Nathalie estaba junto a ella, desvanecida todavía, lo cual hacía que colgase como muerta de las cadenas.

Sí.

También Nathalie estaba sujeta con cadenas.

Y la habían despojado de la bata, como a ella.

Janine observó la figura que descansaba, sobre un pedestal, junto a la pared de enfrente.

Era una figura aterradora.

No tendría más de un metro de altura.

Sus brazos, en lugar de estar rematados por manos, lo estaban por garras. Unas garras escalofriantes, de largas y afiladas uñas.

Sus piernas eran más bien patas, pues incluso estaban rematadas por pezuñas.

Y su cabeza...

Era lo más espeluznante de todo.

Ojos...

Nariz...

Orejas...

Boca...

Dientes...

Todo era horrendo.

Además, tenía cuernos.

Y un largo rabo.

Y mucho pelo en la cara, así como en el resto del cuerpo.

Janine no tardó en llegar a la conclusión de que aquella figura representaba al Mal.

Al Diablo.

A Satán.

Entonces comprendió muchas cosas.

La forma de vestir de los hombres que las habían apresado, por ejemplo.

La palabra que aparecía bordada en sus túnicas...

Las máscaras de demonio con las que cubrían sus rostros...

Sí, ahora lo veía todo muy claro.

Aquellos hombres rendían culto a Satán.

Y aquel lugar debía ser el templo donde ellos llevaban a cabo sus ritos y sus sacrificios.

Sacrificios...

Se le heló la sangre en las venas al pensar en ello, pero no por eso pudo dejar de hacerlo.

Sí.

Nathalie y ella iban a ser las víctimas.

Por eso las habían llevado allí, dejado sin ropa, y atado con cadenas.

En un ángulo de la macabra estancia, había una pequeña mesa, y, sobre ella, diversos instrumentos de tortura.

Látigos, cuchillos, tenazas, dardos, encendedores...

Janine no pudo contener las lágrimas.

—Dios mío... —musitó, doblando la cabeza sobre su pecho.

Segundos después, escuchaba un débil gemido.

Lo había emitido Nathalie.

Se estaba recuperando...

También ella se llenó de horror, cuando se vio en aquel siniestro lugar, completamente desnuda y sujeta con cadenas.

—¡Janine! —gritó, desesperada.

Janine levantó la cabeza y la miró, el rostro blanco y bañado en lágrimas.

—Nathalie... —pronunció, débilmente.

—¿Dónde estamos?

Janine, entrecortadamente, le dijo lo que pensaba de aquel horrible

lugar y de los hombres que las habían apresado.

Nathalie estuvo a punto de desvanecerse de nuevo.

—¡Adoradores de Satán...! ¡Qué horror!

—Nos matarán, Nathalie... Y vamos a tener una muerte horrible — musitó Janine, volviendo los ojos hacia la pequeña mesa donde descansaban los estremecedores instrumentos de tortura.

Nathalie también miró hacia allí.

—¡No, Dios mío, no! —gimió, y rompió a llorar, la cabeza hundida en su pecho desnudo.

De pronto, se escuchó un ruido.

Nathalie y Janine levantaron bruscamente la cabeza y miraron hacia la escalera de madera que se veía en el ángulo opuesto a donde se encontraba la pequeña mesa.

Acababa de abrirse una trampilla en el techo.

Sobre la misma escalera.

Los hombres cubiertos con túnicas amarillas comenzaron a descender por la escalera.

Uno...

Dos...

Tres...

¡Cuatro!

¡Cinco!

¡Seis...!

Sí.

Ahora eran seis los seres enmascarados.

Pero no todos eran hombres.

Había también tres mujeres.

Se adivinaba claramente por la forma de sus manos, de sus pies, y, sobre todo, por sus protuberancias pectorales y por la amplitud de sus caderas.

La trampilla fue cerrada por el último personaje que descendió por la escalera y los seis se dirigieron hacia la figura de Satán, ante la cual se postraron de rodillas y, con los brazos levantados, iniciaron un extraño canturreo.

De cuando en cuando, se inclinaban hacia adelante y besaban el suelo.

Permanecieron así casi quince minutos.

Nathalie y Janine Millou los contemplaban, mudas de horror.

Finalmente, uno de los hombres, el que se había arrodillado más cerca de la figura de Satán, bajó los brazos y se puso en pie, siendo imitado por los otros dos hombres y las tres mujeres.

Se volvieron todos hacia Nathalie y Janine.

Las observaron durante un par de minutos, en silencio.

Luego, a una indicación del hombre que primero se había puesto en pie, que era ligeramente más alto y corpulento que los otros dos, dio comienzo

el rito.

El cruel rito.

El sangriento rito.

El interminable rito...

Nathalie y Janine Millou sufrieron la misma suerte que Nicole Pisier.

Las mismas torturas.

Las mismas aberraciones.

La misma muerte.

Una cuchillada en pleno corazón, después de haber sido marcadas en el pecho, con un hierro al rojo, con la palabra SATAN...

CAPÍTULO 9

M

ADELEINE Hubert se despertó al oír el timbre de la puerta.

Estiró el brazo y encendió la lámpara de la mesilla de noche.

Miró el despertador que descansaba sobre la mesilla.

Eran más de las dos.

A aquellas horas, solo podía ser una persona: René.

Madeleine saltó de la cama, se colocó la bata sobre el sugestivo camisón negro, y corrió a abrir, sin preocuparse de atarse el cinturón.

Estaba muy contenta, sí.

Pero también muy sorprendida.

Hacía muchísimo tiempo que René no iba a verla dos noches seguidas.

Y con lo poco que había dormido el pobre la noche anterior...

Le costó horrores despertarle por la mañana.

Madeleine alcanzó la puerta y abrió.

Se llevó una decepción tremenda cuando vio que no era René quien aguardaba al otro lado, sino una mujer.

De unos veinticuatro años de edad.

Alta.

Rubia.

Guapa.

Vestía ajustados pantalones tejanos, color hueso, una blusa de tirantes, de un rojo muy vivo, muy ceñida también, y zapatos de alto tacón, que combinaban con la blusa, cuyo escote tenía bastante de atrevido.

—Hola, Madeleine... —saludó la desconocida, sonriendo.

—¿Nos conocemos? —preguntó la novia del sargento Aumont, visiblemente desconcertada.

—Yo a ti, sí. Tú a mí, no creo.

—¿Quién es usted?

—Oh, debes tutearme, Madeleine...

—Está bien. ¿Quién eres?

—Me llamo Claudine. Claudine Leclerc... ¿Te dice algo mi nombre?

—Absolutamente nada.

—Lo suponía.

—¿Qué es lo que quieres, Claudine? ¿Por qué has venido a estas horas?

—Hemos de hablar de René, Madeleine.

—¿René?

—Sí. De René Aumont.

—¿Conoces a René?

—Mejor que tú.

Sobrevino un silencio.

—¿No vas a invitarme a entrar, Madeleine? —sugirió la agente Leclerc.

Madeleine Hubert, tras un titubeo, se hizo a un lado.

Claudine Leclerc entró en el piso.

Madeleine la condujo a la sala de estar, aunque no la invitó a sentarse.

Como todavía llevaba la bata abierta, Claudine la observó de arriba abajo y comentó:

—Tienes una bonita figura, Madeleine.

Madeleine se cerró la bata y ató el cinturón.

—Tampoco tú la tienes fea, Claudine —repuso, seria.

—Eso dice René —sonrió la agente Leclerc, dejándose caer en el sofá.

—¿Ah, sí?

—¿Sabes cómo me llama cuando estamos en la ca...? —Claudine se interrumpió, dejando escapar una risita—. Bueno, en los momentos de mayor intimidad.

—¿Cómo? —preguntó Madeleine, sin apenas despegar los labios.

—«La Venus de Marsella». Gracioso, ¿no? —rio de nuevo la agente Leclerc.

—Mucho, teniendo en cuenta que dispones de los dos brazos. A la de Milo le faltan.

—Peor para ella.

—Claro.

—¿Por qué no te sientas, Madeleine? —sugirió Claudine.

—Estoy muy bien de pie.

—Yo estoy mejor sentada. Me encuentro algo cansada, ¿sabes?

—Eso se cura yéndose a la cama.

—Depende —repuso Claudine, maliciosa.

Madeleine apretó los dientes.

—¿Desde cuándo conoces a René?

—Hace un par de años, aproximadamente.

—Ya.

—He venido a prevenirte, Madeleine.

—¿Prevenirme de qué?

—René me ha dicho que vais a casaros.

—Es cierto.

—Ignoro cómo has podido convencerle, porque René no es partidario del matrimonio. No le gusta sentirse atado, ¿sabes? Tampoco le gusta divertirse siempre con la misma mujer. Por eso él y yo nos llevamos bien. Yo sé que de vez en cuando sale con otras mujeres, pero no me enfado. Cuando te conoció a ti, pensé que serías una más para él, que se cansaría de

ti a las pocas noches de... Bueno, ya sabes. Sin embargo, no ha sido así; ha seguido viéndote.

—También a ti, ¿no?

—Desde luego. No hay semana que René no venga a verme tres o cuatro veces. No puede pasar sin mí, él mismo lo reconoce. Y yo tampoco sin él, debo confesarlo.

—Conque tres o cuatro veces por semana, ¿eh? —rezongó Madeleine, que había enrojecido de ira.

—Como mínimo.

—Muy bien. ¿Tienes algo más que decirme, Claudine?

—Sí, Madeleine; que no te cases con él.

—Eso es cosa mía.

—Sigue mi consejo, Madeleine. No serías feliz con René. Él, aun estando casado contigo, seguiría viendo a otras mujeres.

—Especialmente a ti, ¿no?

—Sí. Ya te he dicho que René no puede pasar sin mí.

—Ni tú sin él.

—Así es.

—Dime una cosa, Claudine. ¿De verdad no te importa que René haga el amor con otras mujeres?

Las pupilas de Claudine Leclerc emitieron un centelleo.

—Naturalmente que me importa. Pero no puedo impedirlo. Sé que si lo intentara, lo perdería para siempre. A René no le gusta que le impongan condiciones. O se le toma como es, con sus virtudes y sus defectos, o se le deja. Y yo no quiero dejarlo, Madeleine. Prefiero compartirlo con otras mujeres, que no tenerlo. Además, yo lo tengo más tiempo que ninguna. Incluida tú, la mujer con quien parece dispuesto a casarse.

Madeleine enrojeció más.

—¿Has terminado ya, Claudine?

La agente Leclerc suspiró.

—Sí, no tengo nada más que añadir, Madeleine —respondió, poniéndose en pie.

—Te acompañaré a la puerta.

—Gracias.

Madeleine abrió la puerta y Claudine salió.

—¿Puedo pedirte un favor, Madeleine?

—¿Qué favor?

—No le digas a René que he venido a verte.

—Me temo que no podré complacerte, Claudine.

—Te lo ruego...

—¿Por qué no quieres que René lo sepa?

—Se pondría furioso conmigo.

—¿Y qué me importa eso a mí?

—Deberías estarme agradecida por haberte informado de cómo es René

Aumont realmente, Madeleine.

—¿Tú crees?

—Si me hallara en tu lugar, yo sí lo estaría. Siempre es mejor conocer la verdad de las cosas, por amarga que esta sea.

—Adiós, Claudine —dijo Madeleine, secamente.

—Adiós, Madeleine —sonrió suavemente la agente Leclerc.

Madeleine Hubert cerró la puerta.

También cerró los ojos.

Y los puños.

Con rabia.

Y, al propio tiempo, con infinito dolor.

—René, maldito... —pronunció quedamente, sin poder evitar que por entre sus apretados párpados escapasen las primeras lágrimas.

CAPÍTULO 10

M

INUTOS antes de las nueve, René Aumont entraba en la jefatura.

En el despacho del teniente Barrier se encontraban ya, con este, los agentes Clerval y Poiret y la bella Claudine.

La astuta Claudine.

La zorra de Claudine.

—Buenos días a todos —saludó René, sonriendo—. Hoy no me he retrasado, ¿eh, teniente?

—No, hoy no —respondió Barrier, sentado tras su mesa.

—No hubo atascos de tráfico hoy, ¿eh, sargento? —dijo la agente Leclerc, con ironía.

René carraspeó.

—Afortunadamente, Claudine.

—Bien, podemos marcharnos ya —indicó el teniente Barrier, poniéndose en pie—. Y ojalá hoy tengamos más suerte.

Claudine Leclerc, que vestía como el día anterior, se levantó también.

Los agentes Clerval y Poiret permanecían de pie, a la izquierda de la mesa.

Se disponían a abandonar los cinco el despacho, cuando sonó el teléfono.

—Un momento, muchachos —rogó el teniente Barrier, volviendo a la mesa. Atrapó el auricular y se lo llevó al oído—: ¿Sí?... Barrier al habla... ¿Qué?... ¿Cómo?... ¿Dos nuevas víctimas?... ¿Cuándo? ¿Dónde?... Sí... Ahora mismo salimos para ahí.

Gerard Barrier colgó el auricular, lentamente.

Su rostro se había transfigurado.

—¿Qué ocurre, teniente? —inquirió René, adivinando, y temiendo a la vez, la respuesta de su superior.

—Los discípulos de Satán... —murmuró Barrier.

—¿Han vuelto a entrar en acción? —preguntó Claudine.

—Sí... Acaban de ser encontrados los cuerpos sin vida de otras dos muchachas, a unos veinte kilómetros del lugar en donde fue hallado el cadáver de Nicole Pisier —informó el teniente Barrier—. Los cuerpos presentan idénticas señales. Golpes, cortes, quemaduras, violación, la palabra SATAN marcada a fuego, en la parte alta del pecho, y el corazón

partido de una feroz cuchillada... Dos nuevos y horrendos crímenes de esos demonios vivientes, en suma.

René Aumont había palidecido, y sus labios temblaban ligeramente.

Claudine Leclerc y los agentes Clerval y Poirer también acusaban el efecto de las palabras del teniente Barrier.

Este, roncamente, indicó:

—Vamos.

Salieron todos del despacho.

Instantes después, subían en los coches y partían hacia el lugar donde yacían los cadáveres de Nathalie y Janine Millou.

* * *

Los cuerpos habían sido cubiertos con unas mantas por la pareja de agentes de la Policía de Tráfico que los habían hallado.

Yacían entre unos matorrales, cerca de un camino, donde estaba detenido el «Alpine A-310» de las infortunadas bailarinas.

El teniente Barrier levantó las mantas y observó los cadáveres.

Pese a que ya sabía con lo que iba a encontrarse, no pudo evitar que se le encogiera el estómago.

Cubrió rápidamente los cuerpos torturados de las desgraciadas.

Sintió que la sangre volvía a quemarle en las venas, y su saliva cobró nuevamente un sabor amargo, desagradable.

—Malditos hijos de Satanás... —masculló, los ojos brillantes de ira, los puños rabiosamente cerrados.

Transcurrieron bastantes segundos en silencio.

René Aumont, Claudine Leclerc, y los agentes Clerval y Poirer, estaban tan impresionados o más que Gerard Barrier.

Uno de los agentes de la Policía de Tráfico carraspeó levemente e informó:

—Hemos averiguado la identidad de las víctimas, teniente Barrier.

—¿Cómo se llamaban? —preguntó Barrier.

Nathalie y Janine Millou. Eran hermanas. Las dos nacidas en París. Nathalie, la morena, era la mayor. Veinticuatro años. Janine, la rubia, iba a cumplir veintidós. Eran bailarinas.

—¿Bailarinas?

El agente extrajo una fotografía de su bolsillo y se la dio al teniente Barrier.

—Bailarinas «sexy». Hay muchas fotos similares a esta entre las cosas de las víctimas —explicó el agente—. Y varios contratos, de clubs nocturnos donde las hermanas Millou habían actuado o tenían que actuar próximamente. Perpiñán, Montpellier, Nimes, Cannes, Niza, Montecarlo...

Gerard Barrier observó la fotografía.

También René, Claudine, y los agentes Clerval y Poirer la observaron.

La foto debía de haber sido tomada durante una de las actuaciones de las hermanas Millou, pues ambas aparecían cubiertas tan solo con un diminutísimo «slip» de color oro, sobre una pista circular y bajo las exóticas luces de unos reflectores.

—Qué pena de muchachas... —murmuró el agente Clerval.

—Eran bellísimas —dijo Poiret.

René Aumont dejó de observar la foto de las infortunadas hermanas Millou y se acercó al coche de estas.

El magnífico «Alpine A-310».

Lo contempló en silencio.

El teniente Barrier, Claudine, y los agentes Clerval y Poiret, se reunieron con él.

Al darse cuenta de que René observaba el coche de las bailarinas de un modo muy extraño, Barrier inquirió:

—¿Ocurre algo, sargento Aumont?

—El coche... —murmuró René, apuntando el «Alpine» con el brazo.

—¿Qué le pasa al coche?

—Juraría que lo he visto antes.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—No consigo recordarlo, teniente.

—Haga memoria, René. Puede ser muy importante.

—Le aseguro que me estoy estrujando el cerebro, teniente.

Gerard Barrier se acercó más al «Alpine» y dio una ojeada a su interior.

—Ni una sola mancha de sangre en los asientos o en el piso —rezongó.

Abrió el maletero, ubicado en el morro del coche.

Revisó las cosas de las hermanas Millou, en presencia de los agentes Clerval y Poiret, que lo habían flanqueado.

La agente Leclerc continuó junto a René, quien seguía esforzándose por recordar dónde había visto antes aquel «Alpine A-310».

Estaba seguro de haberlo visto.

Y muy recientemente...

Continuó exprimiéndose el cerebro.

El teniente Barrier se acercó a él con unos documentos en las manos.

Eran los contratos de las bailarinas.

—Observe esto, sargento Aumont.

René ojeó los contratos.

—Está muy claro, teniente —decía, poco después—. Las Hermanas Millou cumplieron este contrato, el de Nimes, y se dirigían a Cannes, para cumplir este otro. Debían empezar esta noche. Los discípulos de Satán las sorprendieron, como a Nicole Pisier, y las llevaron a su guarida. Allí las torturaron, las violaron, las marcaron con la palabra SATAN y luego les partieron el corazón de una atroz cuchillada, poniendo final al diabólico rito... y a las vidas de Nathalie y Janine Millou. Al igual que hicieron con Nicole Pisier, cubrieron sus ensangrentados cadáveres con grandes bolsas

de plástico, lonas, o algo por el estilo, los metieron en el coche, y los trajeron hasta aquí, dejándolos ocultos entre los matorrales.

—Lejos de su guarida... —murmuró Barrier.

—Sí, de eso no hay duda —asintió René—. Las hermanas Millou murieron a bastantes kilómetros de aquí. Como Nicole Pisier.

—En algún punto entre Arles y Niza.

—Tampoco sobre eso existe la menor duda, teniente. El problema es que hay muchos kilómetros de Arles a Niza, y eso dificulta enormemente nuestro trabajo. Es demasiado grande el área a batir. Como ya le dije, podría llevarnos semanas enteras dar con el lugar donde los discípulos de Satán cometen sus espeluznantes crímenes.

—Desgraciadamente, sargento —suspiró Barrier—. Por eso creo que es mejor seguir con su plan.

—Ya no estoy seguro de que mi plan sea bueno, teniente.

Gerard Barrier le tocó el hombro.

—Lo es, sargento Aumont. Los discípulos de Satán acabarán atacando a la agente Leclerc, ya lo verá. Y entonces, nosotros caeremos sobre ellos y los apresaremos.

—Pero, mientras tanto...

—Sí, ya sé. Puede morir alguien más. Pero también podría morir mientras nosotros batimos la extensa área que separa Arles de Niza. Es algo que no podemos impedir de ningún modo, sargento.

—Tiene razón, teniente. No hay modo de impedirlo.

—¿Sigue sin recordar dónde vio antes el «Alpine» de las hermanas Millou? —preguntó Barrier.

—Sí...

—Continúe esforzándose, sargento —rogó Barrier, y volvió junto a los agentes Clerval y Poirot, quienes seguían revisando el equipaje de las hermanas Millou.

Los cadáveres de Nathalie y Janine Millou fueron llevados en una ambulancia a Marsella.

También su coche fue llevado a Marsella, para inspeccionarlo más detenidamente.

El teniente Barrier, René, Claudine, Clerval y Poirot salieron hacia Nimes, dispuestos a realizar el mismo recorrido que el día anterior: Nimes-Arles-Niza, con parada, para almorzar y descansar un rato, en Arles.

Como hiciera Nicole Pisier.

Fue justamente al llegar a Nimes, cuando René recordó dónde había visto antes el «Alpine» de las hermanas Millou.

—¡Ya lo tengo, teniente! —exclamó, respingando al mismo tiempo.

—¿El qué? —preguntó Barrier.

—¡Acabo de recordar dónde vi el «Alpine» de las bailarinas!

—¿Dónde lo vio?

—¡En un motel!

—¿Qué motel?

—No recuerdo el nombre, teniente, pero pasamos por delante de él cuando nos dirigíamos a Niza. Está a algo más de dos horas de Arles. Anoche, cuando pasamos por delante de ese motel, me fijé un instante en él. ¡Y el «Alpine» de las hermanas Millou estaba detenido ante la oficina del motel, teniente!

—¿Está seguro de que se trataba del mismo coche, René?

—¡Totalmente, teniente!

Gerard Barrier se acarició la barbilla, pensativo.

—Eso echa nuestra teoría por tierra, sargento Aumont...

—¿A qué se refiere, teniente?

—Si usted no está equivocado, y es verdad que el «Alpine» de las hermanas Millou se hallaba anoche en ese motel, significa que ellas se detuvieron a pasar la noche en él.

—Sin lugar a dudas, teniente.

—Entonces, no fueron atacadas por los discípulos de Satán en plena carretera, como nosotros suponíamos, sino en el propio motel...

—Evidentemente, señor. Nicole Pisier también debió detenerse a pasar la noche en ese motel. Y, como las hermanas Millou, fue atacada allí.

—Habrá que ir a ese motel, sargento.

—Y cuanto antes, señor. La clave de todo está allí.

—¿Será cosa del personal del motel?

—Lo más probable, teniente. Aunque también es posible que los discípulos de Satán no sean los empleados del motel, sino un grupo de individuos que acechan el motel y caen sobre las víctimas a medianoche, cuando ya estas duermen en sus respectivos «bungalows». Las amordazan y las atan, o las dejan inconscientes, y se las llevan a su guarida.

—Sí, también podría ser.

—De todos modos, yo me inclino a creer que son los empleados del motel quienes cometen los crímenes. Si no fuera cosa de ellos, les habría extrañado la desesperación de Nicole Pisier, primero, y de las hermanas Millou, después, y habrían llamado a la policía. Sin embargo, no lo han hecho.

—Sí, en eso tiene razón, sargento —convino Barrier—. Es más lógico pensar que la gente del motel es la que lleva a cabo los crímenes.

René sonrió.

—En cualquier caso, ya son nuestros, teniente Barrier —dijo, frotándose las manos.

—Todavía no, sargento Aumont. Aún hemos de conseguir las pruebas necesarias para encarcelarlos a todos —señaló Gerard Barrier.

—Las obtendremos en el motel, no se preocupe.

—Sí, pero no presentándonos allí con una orden de registro, sino con astucia.

—¿Tiene algún plan, teniente? —preguntó René.

—Sí, se me acaba de ocurrir —sonrió Barrier.

—Soy todo oídos, teniente.

—Usted y la agente Leclerc van a dormir esta noche en ese motel, simulando ser una pareja de recién casados.

René respingó con fuerza.

—¿Le importaría repetir eso, teniente...? —balbució nerviosamente.

—No hay ningún inconveniente, sargento. Dije que usted y la agente Leclerc van a dormir esta noche en ese motel, simulando ser una pareja de...

—¡De recién casados! —galleó René.

—Exacto. Y en plena luna de miel, además —añadió el teniente Barrier, con un brillo pícaro en los ojos.

CAPÍTULO 11

C

UANDO el «Citroën CX-Pallas» de René Aumont se detuvo ante la oficina del Motel Vartan, eran casi las ocho de la noche.

—Abajo, Claudine —indicó René, parando el motor.

—¿No vas a darme un besito, cariño? —ronroneó la agente Leclerc, y frunció los labios.

Unos labios carnosos, húmedos, muy rojos...

—No empecemos, Claudine —gruñó René, mirándola con severidad.

—Estamos casados, ¿no?

—No. Solo hemos de simular que lo estamos.

—Eso quería yo decir.

—Vamos, sal del coche.

—No me moveré de aquí si no me das un beso.

René apretó los maxilares.

—O sales por las buenas, o te saco yo a empujones —amenazó.

Claudine rio.

—No lo harás, René. Podría vernos alguien, y el plan del teniente Barrier peligrada. Los recién casados se dan besos, no empujones.

René masculló una maldición.

—Está bien, tú ganas —gruñó, y la besó en los labios.

Su intención era besarla fugazmente, pero ella le echó rápidamente los brazos al cuello y presionó con fuerza, impidiéndole retirar la cabeza.

René sintió cómo los labios femeninos aplastaban los suyos.

Apasionados.

Ardientes.

Devoradores.

Por un instante, estuvo a punto de olvidarse de Madeleine Hubert y entregarse de lleno a la excitante caricia.

Pero no.

En lugar de abandonarse entre los brazos de Claudine Leclerc, se separó bruscamente de ella.

—¿Ocurre algo, amor...? —preguntó Claudine, poniendo cara de no haber roto jamás un plato, cuando, en realidad, había roto un par de «vajillas» completas.

—Te has pasado con el beso, Claudine —rezongó René, ceñudo.

—Es que te quiero tanto... Por eso me he casado contigo.

—No te has casado conmigo, todo es una farsa.

—Pero algún día podría ser realidad...

—No sueñes despierta —gruñó René, y salió del coche.

Claudine le imitó, riendo.

Evidentemente, ella se lo estaba pasando bomba.

El plan del teniente Barrier, pese a los riesgos que entrañaba, le había encantado.

Todo lo contrario que a René, claro.

Claudine se colgó del brazo de él y ambos penetraron así en la oficina del motel.

Robert Vartan no tardó en aparecer.

Sus ojos tuvieron un destello de admiración al observar a Claudine Leclerc.

La agente ya no vestía los ajustados pantalones tejanos y la provocativa blusa de tirante, sino un ligero vestido, sin mangas, de redondo escote, muy corto, que le sentaba estupendamente.

Sí, porque le permitía mostrar lo estupenda que estaba.

René se percató rápidamente de que su falsa esposa estaba produciendo una gran impresión al atlético sujeto.

También Claudine se dio cuenta, y se sintió muy halagada.

—Buenas noches —dijo René, con una leve sonrisa.

—Buenas noches —respondió Vartan, quien, a continuación, se presentó: Soy Robert Vartan, el dueño del motel.

—René Aumont —repuso el policía—. Y Claudine, mi esposa.

—Desde esta misma tarde —añadió la agente Leclerc, apretándose mimosamente a René.

—Oh, son ustedes recién casados...

—Sí, hemos contraído matrimonio hoy —carraspeó René.

—Mi más cordial enhorabuena. Les deseo toda la felicidad del mundo.

—Es usted muy amable, señor Vartan —sonrió Claudine, y besó a su falso marido en la mejilla.

René volvió a carraspear.

—¿Le queda algún «bungalow» libre, señor Vartan? Nos gustaría pasar la noche aquí.

—No hay problema, señor Aumont. Todos los «bungalows» están vacíos.

—¿De veras? —pareció extrañarse René.

—Todavía estamos fuera de temporada —explicó Vartan.

—Ya.

—Me alegro de que estemos solos en el motel, René —dijo Claudine, perfecta en su papel de esposa dulce y cariñosa—. Así nuestra noche de bodas parecerá aún más íntima.

—Sí, eso es verdad —rio Vartan—. Les daré el «bungalow» número

cinco —añadió, cogiendo una de las llaves del tablero—. Si tienen la amabilidad de acompañarme...

—¿No hemos de firmar en el registro? —preguntó René.

—Oh, perdón, se me había pasado por alto... Aquí lo tienen.

Vartan puso el libro de registro sobre el pequeño mostrador.

René fue el primero en inscribir su nombre.

No le extrañó en absoluto leer el nombre de Nicole Pisier en el registro.

En cambio, sí le sorprendió no ver los nombres de Nathalie y Janine Millou.

Lo mismo le sucedió a la agente Leclerc, cuando inscribió el suyo.

Sin embargo, ninguno de los dos exteriorizó lo más mínimo sus sensaciones. Supieron guardarlas perfectamente dentro de sí.

Robert Vartan guardó el libro de registro y rogó de nuevo al falso matrimonio Aumont que le acompañaran.

Salieron los tres de la oficina.

Vartan los condujo al «bungalow» número cinco.

Siempre el número cinco.

Para Nicole Pisier...

Para las hermanas Millou...

Y, ahora, para el falso matrimonio Aumont.

Robert Vartan abrió la puerta y penetraron los tres en el «bungalow».

El propietario del motel encendió las luces y les mostró el amplio *living*, el no menos amplio dormitorio, y el cuarto de baño.

—¿Les gusta? —preguntó Vartan.

—Mucho —respondió René.

—Especialmente, la cama —añadió Claudine, y soltó una risita maliciosa.

René tosió.

—Iremos por nuestro equipaje —dijo.

—Oh, no se molesten, yo mismo se lo traeré —se brindó amablemente Vartan, y salió del «bungalow».

Claudine Leclerc puso los brazos en jarras.

—¿Lo estoy haciendo bi...?

No pudo acabar la frase.

René, sorprendentemente, la abrazó y la besó en la boca, cerrándosela por completo.

Claudine se quedó como muerta entre los brazos de él, sin acertar a reaccionar.

René separó sus labios de los de ella, pero solo un par de pulgadas, y la miró a los ojos.

Vio reflejada en ellos la más absoluta sorpresa.

—No te equivoques, Claudine —dijo, con voz que era apenas un susurro.

—¿Qué? —murmuró ella.

—Habla lo más bajo que puedas —pidió René.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, con voz susurrante.

—Puede haber micrófonos instalados en el «bungalow». Incluso cámaras de televisión, perfectamente disimuladas.

—Oh... Por eso me has besado, ¿verdad?

—Claro. Ibas a meter la pata, Claudine.

—Lo siento, no lo pensé. Bueno, no, no lo siento en absoluto. Gracias a ello, me has besado y me tienes en tus brazos.

—Forma parte de la farsa, no lo olvides.

—Bendita farsa... —repuso Claudine, y ahora fue ella quien le besó.

Como ella sabía besar.

La voluntad de René flaqueó de nuevo, como en el coche.

Y es que Claudine era mucha mujer.

Madeleine también, por supuesto.

Pero Madeleine estaba en Marsella y Claudine allí, esa era la diferencia.

Si Claudine se lo proponía, le haría caer.

Y estaba claro que no se proponía otra cosa.

Afortunadamente para René, Robert Vartan regresó con el equipaje, y eso le sirvió de excusa para separarse de Claudine.

Vartan dejó las maletas en el suelo, al pie de la cama.

—Gracias, señor Vartan —dijo René.

—No habrán cenado todavía, supongo...

—Supone bien —sonrió Claudine.

—Dígame qué les apetece, y dentro de unos minutos estará listo.

René encargó una succulenta cena.

Y, cómo no, una botella de champaña.

Del mejor champaña.

Vartan salió nuevamente del «bungalow».

Claudine miró la amplia cama.

Lo hizo de un modo tan significativo, que René se apresuró a salir del dormitorio.

Claudine era muy capaz de...

Bueno, de eso.

Y de más.

Ya en el *living*, encendió un cigarrillo.

Mirando hacia la puerta del dormitorio, que había quedado abierta.

Esperaba, y temía, que Claudine apareciera por ella de un instante a otro, dispuesta a reanudar los besos y las caricias, aprovechándose de la circunstancia de que tal vez hubiese micrófonos y cámaras de televisión ocultos en el «bungalow».

Sin embargo, fueron pasando los segundos y Claudine no aparecía.

Ni se oía...

De pronto, René dio un nervioso respingo.

¡Claudine!

¡La había dejado sola en el dormitorio!
¡Podía ser peligroso para ella, dadas las circunstancias!
¡Los discípulos de Satán podían aparecer de pronto en el dormitorio,
por una puerta secreta, y llevársela sin que él se enterara!
René arrojó el cigarrillo y corrió hacia el dormitorio.
Se quedó clavado en el hueco de la puerta, con una pierna en alto.
No.
Claudine no había desaparecido.
Estaba allí, de pie frente al tocador, mirándose en el espejo oval.
Debió verle por el espejo, pues al instante se volvió hacia él.
A René se le abrió la boca, sin querer.
Y no era para menos.
Claudine había cambiado de indumentaria.
Ahora aparecía envuelta en un «deshabillé» de tono rojo intenso, el cual
permitía vislumbrar claramente todos sus encantos, pues bajo la vaporosa
prenda no había absolutamente nada.
O mucho.
Según se mire.
—René, cariño... —pronunció cálidamente Claudine, sonriéndole
amorosamente.
Caminó lentamente hacia él.
René retrocedió, lentamente también.
Tenía la garganta seca.
Y el pulso acelerado.
Allí iba a pasar algo.
Todo, probablemente.
Y Madeleine lo mandaría al cuerno, como se enterase.
Lejos estaba él de sospechar que Madeleine ya lo había mandado al
cuerno.
Y a más sitios.
La noche anterior.
Por culpa de las mentiras de la gata de Claudine.
De pronto, cuando más perdido se hallaba René, porque Claudine ya le
había dado alcance, enlazado el cuello con sus cálidos brazos y pegado a él
como una lapa, transmitiéndole todo el calor de su joven y ardiente cuerpo,
surgió alguien por el hueco de la chimenea.
Silencioso como una sombra.
Su indumentaria era idéntica a la del individuo que sorprendió a Nicole
Pisier bajo la ducha y a la de los tres hombres que sorprendieron a las
hermanas Millou allí, en aquel mismo «bungalow».
Había una diferencia, sin embargo.
En lugar del enorme cuchillo, empuñaba un extraño aparato.
Una especie de pequeño extintor de incendios.
Cuando René y Claudine lo descubrieron, ya era tarde.

No pudieron hacer absolutamente nada.

El individuo de la túnica amarilla accionó su aparato y les mandó un chorro de un líquido incoloro y pulverizado a la cara.

René Aumont y Claudine Leclerc se desplomaron en el acto.

Como anestesiados de manera fulminante.

CAPÍTULO 12

R

ENÉ Aumont abrió los ojos.

Sus piernas, como muertas hasta entonces, como el resto de su cuerpo, por el efecto de la anestesia, despertaron también, y pudo sostenerse por sí solo.

Se vio desnudo como un gusano.

En el centro de aquella especie de pequeño templo pagano, iluminado por una luz roja, fantasmagórica.

Con los brazos en alto, sujetas las muñecas por las abrazaderas de cuero que remataban las cadenas que pendían de una de las vigas del techo.

Vio a Claudine Leclerc a su lado.

Sin ninguna ropa, como él.

Colgando de las cadenas, con la cabeza doblada sobre su pecho.

Sufriendo todavía los efectos de aquel líquido incoloro y pulverizado que el tipo de la túnica amarilla les arrojara a la cara en el *living* del «bungalow».

René no vio por dónde aparecía el tipo, pero adivinó que debió surgir por el hueco de la chimenea.

No podía ser por otro sitio.

La chimenea debía tener alguna entrada secreta.

El discípulo de Satán los sorprendió y los durmió de forma instantánea, sin darles tiempo no ya a defenderse, sino a avisar al teniente Barrier y a los agentes Clerval y Poiret, que aguardaban en la carretera, prestos a intervenir.

René llevaba en el bolsillo de la chaqueta un diminuto ingenio electrónico, con un botoncito rojo, el cual debía apretar cuando apareciesen los discípulos de Satán.

El otro aparatito, idéntico al suyo, que llevaba el teniente Barrier, emitiría entonces un zumbido agudo y continuado.

Era la señal convenida para intervenir.

Pero René no tuvo tiempo de meterse la mano en el bolsillo y apretar el botoncito rojo.

El teniente Barrier ignoraba, pues, que él y Claudine habían sido ya atacados y apresados por los asesinos de Nicole Pisier y las hermanas Millou.

Sí.

No intervendría.

Esperaría la señal.

Una señal que nunca llegaría...

Él y Claudine estaban tan perdidos como lo estuvieron Nicole Pisier y las hermanas Millou.

Serían golpeados y torturados, como ellas.

Y marcados a fuego, con la palabra SATAN.

Y, después, recibirían una feroz cuchillada en pleno corazón.

René apretó los dientes con rabia.

¡Dios!

¡Tenía que hacer algo!

¡No podía resignarse a morir de aquel modo tan horrendo!

¡Sería terrible soportar no solo su propio sufrimiento, sino el ver chillar y retorcerse de dolor a Claudine!

¡Ella era una mujer!

¡Los discípulos de Satán cometerían las mayores aberraciones con su joven y bello cuerpo, como ya las cometieron con los cuerpos de Nicole Pisier, Nathalie y Janine Millou!

¡Y él tendría que presenciarlo, impotente!

René cerró los puños, tensó hasta el último de los músculos de su macizo cuerpo, y comenzó a tirar de las cadenas.

Con todas sus fuerzas.

Las abrazaderas de cuero eran resistentes.

No se rompieron.

Ni se soltaron de las cadenas.

Ni estas se soltaron de la viga.

René no se dio por vencido.

Siguió tirando de las abrazaderas.

Su cuerpo se cubrió rápidamente de sudor y su rostro se amorató por el titánico esfuerzo que estaba realizando.

El cuero de las abrazaderas le laceró las muñecas.

René aguantó el dolor y continuó tirando de ellas, hasta que, finalmente, agotado por el tremendo esfuerzo, se relajó totalmente y quedó colgando de las cadenas, como antes de despertarse.

Jadeaba como un caballo de carreras después de una dura prueba.

—René... —oyó musitar a Claudine.

Levantó lentamente la cabeza y la miró.

—Claudine... —murmuró, con pena.

La joven tenía el rostro amarmolado y todo su cuerpo temblaba perceptiblemente.

—Nos sorprendieron, René...

—De la manera más estúpida —rezongó Aumont, jadeante y sudoroso todavía.

—Yo tuve la culpa. Te distraje con mis tonterías, y no vimos aparecer al tipo que nos echó aquel líquido a la cara.

—Ya es tarde para lamentarse.

—Sí, demasiado tarde. Estamos perdidos, René... —murmuró la agente Leclerc, mirando los instrumentos de tortura que descansaban sobre la pequeña mesa ubicada en uno de los ángulos de la estancia.

—No hay que perder la esperanza, Claudine. El teniente Barrier, Clerval y Poiret pueden aparecer de un momento a otro.

—No te dio tiempo a apretar el botón, ¿verdad?

—No —respondió René, muy bajo.

—Entonces, no podemos confiar en ellos.

—Yo sí confío, Claudine. El teniente Barrier hará algo, lo sé.

La agente Leclerc sonrió débilmente.

—Lo dices para infundirme ánimos.

—Te equivocas. Estoy plenamente convencido de que nos sacarán de esto —aseguró René, aunque lo dudaba bastante.

—Dios te oiga.

René llenó sus pulmones de aire.

Se estaba preparando para intentar de nuevo soltarse de las cadenas.

—Tienes el cuerpo brillante de sudor, René... —observó Claudine.

—He estado tanteando las abrazaderas —explicó Aumont.

—No ceden, ¿verdad?

—Son muy resistentes. Pero aún está por ver si ceden o no.

—Te sangran las muñecas...

—No importa. Tengo que intentarlo de nuevo. Por los dos. Pero, sobre todo, por ti. No soportaría ver cómo esos canallas te...

Los ojos de Claudine Leclerc se humedecieron.

—Eres un tipo estupendo, René.

—Soy un tipo normal.

—Yo soy peor que tú.

—No digas tonterías.

—Sí, soy mucho peor —insistió Claudine, que recordaba lo que le había dicho la noche anterior a Madeleine Hubert.

—Calla, te lo ruego. Si hablas, no puedo concentrarme.

Claudine guardó silencio.

René tensó de nuevo sus vigorosos músculos y empezó a tirar de las abrazaderas de cuero, los ojos cerrados, los dientes fuertemente apretados.

Se escuchó un crujido.

Claudine levantó la cabeza hacia el techo.

—¡René! —exclamó, esperanzada.

René Aumont dejó descansar nuevamente sus músculos y miró también hacia arriba.

—¡Una de las cadenas está empezando a ceder, René! —dijo Claudine. Era cierto.

La cadena que sujetaba su brazo derecho se había desclavado ligeramente de la viga de donde pendía.

René, esperanzado también, tiró de nuevo con fuerza de la abrazadera que sujetaba su muñeca derecha.

Se escuchó otro crujido.

Y otro.

¡La cadena se estaba soltando de la viga!

René descansó un par de minutos y luego, con renovados bríos, tiró de la abrazadera que cercaba su muñeca izquierda, lo cual sorprendió a Claudine, pues esta esperaba que arrancase primero la cadena que sujetaba su brazo derecho, para, una vez logrado esto, tirar de la otra cadena con ambas manos.

Pero René temía que los discípulos de Satán apareciesen de un momento a otro, y si le sorprendían con un brazo suelto, se lanzarían inmediatamente sobre él y le inmovilizarían por completo.

Prefería aflojar primero ambas cadenas, y luego, en el momento oportuno, arrancarlas las dos a la vez.

Los poderosos músculos de René hicieron crujir de nuevo la viga.

Por tres veces.

¡La cadena que le sujetaba el brazo izquierdo también cedía!

—¡Animo, René! —exclamó Claudine, terriblemente nerviosa.

René se vio obligado a tomar un nuevo descanso.

Su cuerpo aparecía ahora totalmente bañado por el sudor y tenía la cara muy roja. Su desarrollado pecho se hinchaba y deshinchaba exageradamente, pues resollaba como un búfalo cansado.

Las abrazaderas le habían lastimado más y más las muñecas, y la sangre le resbalaba ya por los brazos.

Cuando su respiración se normalizó casi por completo, René se dispuso a tirar de ambas cadenas a la vez y arrancarlas definitivamente.

Justo en aquel momento, se abrió la trampilla del techo y los discípulos de Satán empezaron a descender por la escalera de madera.

Seis.

Tres hombres y tres mujeres.

Todos cubiertos con túnicas amarillas y máscaras de demonio.

René desistió, por el momento, de dar el tirón definitivo a las cadenas. Sabía que no podría arrancarlas antes de que los discípulos de Satán cayesen sobre él. Por eso prefirió esperar.

Los seis personajes se detuvieron delante de ellos y los observaron a través de las horribles máscaras.

Claudine sintió que todo su cuerpo se quedaba de pronto muy frío.

Totalmente helado.

Seis pares de ojos los miraban a ella y a René.

Seis pares de ojos que brillaban de un modo sádico.

Lujurioso.

Cruel.

Asesino.

Uno de los hombres murmuró:

—El tipo ha intentado soltarse. Tiene las muñecas heridas.

—Peor para él —repuso el hombre más alto y corpulento.

—No hay peligro de que lo consiga, ¿verdad? —dijo el tercer individuo.

—Claro que no —respondió el más alto.

—Es muy fuerte... —observó una de las mujeres.

—Y muy atractivo... —dijo otra.

—Tampoco la chica está mal —repuso el sujeto más alto.

—Pero que nada mal —convino otro de los tipos.

—La ceremonia de esta noche va a ser mucho mejor que las dos anteriores —auguró el tercer individuo.

—Sí, será más divertida —opinó una de las mujeres—. Por primera vez, vamos a sacrificar a un hombre y a una mujer juntos.

—¿Qué tal si del hombre nos encargamos exclusivamente nosotras, y vosotros de la mujer? —sugirió otra de las féminas.

—Queréis divertirlos con él, ¿eh? —dijo el tipo más alto.

—Tenemos derecho, ¿no? También vosotros os divertisteis de lo lindo con las otras tres chicas, antes de matarlas. Y vais a gozar de esta también, seguro.

—Está bien, trato hecho —accedió el individuo de más estatura, que parecía ser el jefe del grupo—. El tipo para vosotras, y la rubia para nosotros. Pero, antes de iniciar el rito, demos gracias a Satán, nuestro dios, por haber permitido que estas dos nuevas víctimas, cuyas vidas vamos a ofrecerle, hayan caído en nuestras manos.

Se postraron todos de rodillas ante la imagen de Satán, levantaron los brazos, e iniciaron el extraño canturreo que, en noches anteriores, escucharon también Nicole Pisier y las hermanas Millou.

Claudine Leclerc, pálida de terror, miró a René Aumont.

Este se dijo que aquel era el momento de intentar arrancar las cadenas.

Los discípulos de Satán le daban la espalda.

No podían ver cómo tiraba de las cadenas.

Lo hizo.

Con más fuerza que nunca.

Hasta él mismo se extrañó de poseer tanta energía dentro de sí.

Sin duda, el saber que en aquellos momentos se estaba jugando su vida y la de Claudine, y el sufrir o no sufrir las más humillantes y dolorosas torturas, le dotó de un vigor excepcional, casi sobrenatural.

La viga crujió de nuevo.

Los discípulos de Satán volvieron la cabeza, los seis a un tiempo, interrumpiendo el extraño canturreo.

Agrandaron los ojos al ver cómo estaban de tensos y abultados los

músculos del hombre que iban a sacrificar.

Parecía que iban a estallarle de un momento a otro.

René siguió tirando de las cadenas.

La viga volvió a crujir.

De pronto, la cadena que sujetaba el brazo derecho de René se soltó.

—¡La ha arrancado! —gritó una de las mujeres, haciendo un gallo con la voz.

—¡Maldición! —rugió el jefe del grupo, poniéndose en pie de un brinco—. ¡A él, muchachos! ¡Hay que sujetarle antes de que logre arrancar la otra cadena!

Los otros dos hombres se irguieron de un salto.

Corrieron los tres hacia René Aumont.

—¡René! —chilló Claudine, angustiada, porque él seguía sujeto por la otra cadena.

Ello, sin embargo, no supuso una dificultad insalvable para René Aumont, un joven no solo dotado de una extraordinaria potencia física y un valor encomiable, sino también de grandes conocimientos y experiencia en cuanto a defensa personal se refiere.

Enseguida se puso de manifiesto.

Levantó el brazo derecho, el que tenía libre, y descargó la cadena sobre el cuello del tipo más alto, que fue el primero en lanzarse sobre él.

El individuo lanzó un rugido de dolor y cayó al suelo.

René recibió con un terrible rodillazo entre los muslos al segundo sujeto, el cual se derrumbó instantáneamente, dando unos chillidos espantosos.

Comenzó a retorcerse en el suelo como una lagartija medio aplastada.

La cadena de René entró de nuevo en acción, golpeando en la cara al tercer discípulo de Satán.

El tipo aulló como un coyote pillado en un cepo y se vino abajo.

También se revolcó por el suelo.

René no perdió un solo segundo.

Tiró de la cadena que le sujetaba el brazo izquierdo, utilizando las dos manos.

La cadena, muy desclavada de la viga ya, cedió, y René recuperó la total libertad de movimientos de los brazos.

—¡Cuidado, René! —chilló Claudine.

René se volvió velozmente hacia los tipos.

El más alto se había puesto en pie y se arrojaba de nuevo sobre él, con los puños por delante.

René le golpeó en el costado con una de las cadenas, arrancándole un bramido de dolor y obligándole a encogerse.

Entonces, le descargó un puño en la nuca, con tremenda potencia.

El tipo cayó como una res apuntillada, y ya no se movió.

Pero los otros dos sí se movían.

Y muy peligrosamente, pues coman hacia la mesa donde descansaban los diversos instrumentos de tortura, sin duda para empuñar dos de los cuchillos.

René no les dio tiempo a empuñarlos.

Cayó sobre ellos como un ciclón y se puso a repartir golpes de cadena, sin la menor piedad.

¿Qué piedad podía haber para unos seres como aquellos, capaces de cometer las mayores atrocidades, sin el menor remordimiento de conciencia?

Los tipos se derrumbaron, sangrando profusamente por la cabeza.

No pudieron levantarse, pues habían perdido el conocimiento.

—¡René, las mujeres se escapan! —advirtió Claudine.

René se giró hacia la escalera de madera.

Las tres hembras subían ya por ella, atropelladamente.

Levantaron la trampilla y desaparecieron.

René no quiso seguir las.

Lo primero era librar a Claudine de las cadenas.

Sobre la mesa vio una pequeña llave.

Adivinó que se trataba de la llave que abría los candados que cerraban las abrazaderas de cuero.

Probó con las suyas.

En efecto, los candados se abrieron, permitiendo abrir también las abrazaderas.

René se dio cuenta entonces de lo mal que tenía las muñecas.

Pero no importaba.

Se habían salvado de la tortura y de la muerte, y eso era lo realmente importante.

René se acercó a Claudine y la libró de las cadenas.

Ella se abrazó inmediatamente a él, con mucha fuerza, aunque sin ninguna malicia, en esta ocasión.

René estuvo a punto de estrecharla contra su pecho, pero se contuvo, emitiendo un carraspeo embarazoso.

—Claudine...

Ella alzó la cabeza y le miró.

—¿Qué?

—Será mejor que te pongas algo. Hace un poco de frío aquí abajo.

Claudine sonrió.

—Tienes razón, René. No estamos en un campo nudista.

—Las túnicas de los tipos nos servirán.

René despojó de sus túnicas a dos de los discípulos de Satán.

No le sorprendió en absoluto que bajo ellas no llevarsen nada.

También las mujeres debían ir desnudas bajo las túnicas.

René se cubrió con una de las túnicas y Claudine se colocó la otra.

En aquel preciso momento, el teniente Barrier surgió por la trampilla,

pistola en mano.

—¡René! ¡Claudine! ¿Están bien? —preguntó, acercándose a ellos.

—Sí, teniente, estamos bien —respondió René—. Yo tengo un poco lastimadas las muñecas, pero no es nada importante.

—Gracias a Dios —suspiró Gerard Barrier.

—¿Las tres mujeres que huyeron hace un momento...?

—Las hemos detenido. Clerval y Poiret las vigilan.

—¿Cómo es que se decidieron ustedes a intervenir? Yo no tuve tiempo de avisarles del peligro que corríamos...

El teniente Barrier explicó:

—Vimos que de pronto se apagaban todas las luces del motel. Intuí que algo estaba pasando, y corrimos los tres hacia el «bungalow» número cinco, porque los habíamos visto entrar en él, pero no salir... El «bungalow» estaba vacío. Nos costó trabajo encontrar la entrada secreta que hay en la chimenea, y por la cual se llega hasta aquí. Por el camino nos tropezamos con las tres mujeres que huían. Los hombres, por lo que veo, no pudieron huir...

—No, teniente. Les aticé duro con las cadenas y los dejé sin sentido a los tres. Uno de ellos, el que no está en cueros, es Robert Vartan, el dueño del motel —informó René—. Lo reconocí por la voz.

—Veámosles las caras —dijo Barrier, y les arrancó las máscaras.

Efectivamente.

El tipo que conservaba la túnica era Robert Vartan.

EPILOGO

R

ENE Aumont, con las muñecas vendadas, se detuvo ante la puerta de Madeleine Hubert.

No pulsó el timbre.

Madeleine le había dado, el día anterior, una llave de la nueva cerradura.

René la extrajo del bolsillo y la introdujo en la cerradura.

Sorprendentemente, la llave no giró.

René la sacó de la cerradura y la observó.

Sí, era la nueva llave, no se había equivocado.

¿Entonces...?

René no quiso perder el tiempo pensando y apretó el timbre.

Unos treinta segundos después, la puerta se abría, pero solo lo que le permitía la cadena de seguridad.

El bello rostro de Madeleine Hubert asomó por el hueco.

Por la expresión de su novia, René adivinó que algo no iba bien.

—¿Qué ocurre, Madeleine?

—Nada.

—¿Nada...?

—Nada.

—La llave que me diste ayer, no abre...

—He vuelto a cambiar la cerradura —explicó Madeleine.

—¿Por qué?

—Hemos terminado, René.

—¿Qué...?

—Definitivamente.

—¿Te has vuelto loca, Madeleine...?

—Me he vuelto sensata, que no es lo mismo.

—Explícate, por favor.

—Que te lo explique «La Venus de Marsella».

—¿Quién...? —pestañeó René.

—¿No llamas así a Claudine, en los momentos de mayor intimidad?

—¿Claudine...?

—Claudine Leclerc. ¿Te suena el nombre, René?

—Sí...

—Menos mal que lo admites.

—¿Estuvo ella aquí? —preguntó René roncamente.

—Sí, estuve —se dejó oír Claudine Leclerc apareciendo por el hueco de la escalera.

René y Madeleine la miraron, esta por la abertura de la puerta.

—Hombre, «La Venus de Marsella»... —rezongó Madeleine.

—¿Qué la dijiste a Madeleine, Claudine? —inquirió René, cerrando los puños.

—Una sarta de embustes —confesó la agente Leclerc—. Quería recuperarte, René, y pensé que solo lo lograría si conseguía que Madeleine te mandase al cuerno para siempre. Por eso vine anoche a verla y le dije lo que le dije. Ahora, sin embargo, estoy profundamente arrepentida y vengo a pedirlos perdón a los dos.

—¿Lo estás oyendo, Madeleine? —exclamó René.

Madeleine se mordió el labio inferior, pero no dijo nada.

Parecía tener sus dudas, todavía.

Claudine le sonrió afectuosamente.

—Puedes creerme, Madeleine. Yo estoy enamorada de René, pero para él no existe más mujer que tú. Yo no tengo nada que hacer con él. Por eso abandono la tarea de reconquistarle. Sería inútil luchar, porque él te quiera a ti. Cásate con él y serás la mujer más feliz del mundo, porque René es un tipo estupendo.

Claudine Leclerc dio media vuelta y desapareció por el hueco de la escalera.

—Yo la perdono, Madeleine —dijo René.

—Y yo creo que también —murmuró Madeleine.

—Si vas a tenerme aquí toda la noche, sácame una silla. Estoy terriblemente cansado, Madeleine.

La joven sonrió y desenganchó la cadena de seguridad.

Inmediatamente le ciñó el cuello con sus brazos y le besó.

René la tomó en brazos, penetró en el piso y cerró la puerta con el pie. Fue directamente, al dormitorio de su novia.

Ella maliciosa, recordó:

—¿No dijiste que estabas terriblemente cansado, cariño...?

—Y es verdad. Por eso nos vamos a la cama. También se ha hecho para descansar, ¿no?

—Desde luego —rio Madeleine.

Ya estaban en el dormitorio.

René depositó a su novia suavemente sobre el lecho y, tras sentarse a su lado dijo:

—Voy a darte una sorpresa, Madeleine.

—¿Sí?

—Mañana tengo el día libre.

—¡René! —exclamó ella, radiante de alegría.

—Lo aprovecharemos bien, ¿eh?

—¡No desperdiciaremos ni un solo segundo! —respondió Madeleine, y se apresuró a unir su boca a la de él.

René la abrazó con fuerza y le devolvió el beso.

Era el comienzo de una noche deliciosa.

Realmente inolvidable...

F I N

BIBLIOTECA RAPIDA

TITULOS PUBLICADOS:

APASIONANTES
TEMAS
PARA EL
MUNDO
DE HOY

LA REENCARNACION
LUTERO.

LA NIGROMANCIA.
DRACULA.

BRUJOS E ILUMINADOS.
EN TRANCE.

LAS HUELLAS DE
LA MALDICION.

HISTORIA DE LA C.I.A.

LA PENA DE MUERTE.
VAMPIRISMO.

FUEGO PURIFICADOR.
VISITAS COSMICAS.

EROTISMO EN
LA MITOLOGIA.

LA DEMENCIA INCIPIENTE.
LUZ Y TINIEBLAS.

EL JUICIO FINAL.
VUDU. SANTERIA.

MACUMBA.
VISION MEDIUMNICA.

EL F.B.I.
HOMOSEXUALES

Y LESBIANAS.

EL HORROR NAZI.

LA HONORABLE TRATA.
LOS TEMPLARIOS.

EL AÑO 2001.

Pídalos en su kiosko habitual



Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.

P.V.P. 30 PTS.